

¡HÁZMELO!

Una novela erótica plagada de tabues



SEÑORA S.

¡Házmelo!

Señora S

Copyright © 2016 Señora S

All rights reserved.

ISBN: 1540716074

ISBN-13: 978-1540716071

Simplemente, como tributo
a ser nosotros mismos

Sinopsis

Mi nombre es señora S, en realidad, no es así. Todos me llaman “S” –que se pronuncia como “es”–, sin el “señora”; nadie me dice mi nombre, que bien podría ser Sonia, Silvia, Sol, o cualquier nombre que comience con la letra S. Cualquiera que elijan, estará bien para mí. Pero la verdadera razón de mi “sobrenombre”, no es más que la representación de lo que más me gusta hacer... tener SEXO, a MON-TO-NES.

Sí, como se habrán imaginado en estas cuantas líneas que han leído, este libro trata del sexo, y por supuesto, de mí; su

adorable anfitriona que les mostrara lo que significa –según los psicólogos– ser una persona con hipersexualidad, o lo que antes se conocía como ninfomanía.

Lo curioso de la “ninfomanía” es que sólo se le diagnosticaba a las mujeres y no así a los hombres, pero ahora, ya no se considera que las mujeres sean ninfómanas, lo cual es... genial, creo.

En fin, algunos de ustedes pensarán que este libro será una copia del libro “Diario de una Ninfómana”, cosa que no es así. Para comenzar, yo no tengo que enseñarles a los lectores ninguna lección o darles algún mensaje que les sea útil para la vida, eso no lo van a ver aquí.

Si quieren algún libro existencial...

pues vayan a los de autoayuda, o simplemente lean a Paulo Coelho, porque lo que soy yo... no voy a decir un montón de sandeces que podrían ser o no interpretadas de la forma correcta. Además, por algo la categoría es Erótica ¿no?

Así que sí, este libro sólo es un tributo al sexo, por lo que señores y señoras, tomen asiento o acuéstense y prepárense para un relajante momento de sólo pensar en SEXO, no hay nada que analizar, ni nada que entender, únicamente dejen que sus cuerpos y sus más primitivos deseos surjan en ustedes.

Índice

Sinopsis

Prolegómenos

Mi primera vez

Tetas.

Segunda primera vez

El gusto está en la diversidad

¡Dáselo!

De mujer a mujer

Perversiones

Señora S

Capítulo i

Prolegómenos

Comencemos por el principio, que hay que entender antes de pasar a lo que todos nos interesa...

En fin...

Nací en un pueblito no muy lejos de un lugar remoto del que nadie me quiere oír hablar. Fui una niña feliz y sana, rodeada de personas que me querían. Que por cierto, aquí es bueno aclarar algo: mi deseo de tener sexo, no proviene de algún abuso sexual del que haya sido víctima cuando era una niña,

no, para nada.

Dicho lo anterior, prosigo.

¿Dónde me quede?

A sí, mi niñez.

Fui criada en enseñanzas morales adecuadas a la época de los 80' y 90', cosas normales, diría yo. Mis padres no tenían lo que se conoce como “fe católica”, pero asistían de vez en cuando a la iglesia, ya sea por presión moral, por deseo, o vaya a saber por qué lo hacían. El caso es que no era una de esas niñas que pasaban mucho tiempo en la iglesia, lo que tampoco es una excusa para mi “tan acusable comportamiento”.

Cuando llegue a la adolescencia

comencé a notar que algo no iba bien conmigo. No, no era mi cuerpo el que estaba cambiando, definitivamente no; de hecho, ahora que lo analizo a la corta edad de doce años, yo no había cambiado en nada, estaba plana como una tabla de planchar ropa; plana y escuálida. Sin embargo, mi mente comenzaba a cambiar en muchos sentidos: comencé primero por notar más mi cuerpo, un cuerpo que en realidad sufría un atraso, atraso en el sentido que no desarrollaba nada, mis pezones poco o nada se miraba, podía no usar nada debajo de mi camiseta y aun así no los notarias; no tenía ni siquiera vello púbico, en sumas, no

había ni rastro de desarrollo corporal en mí. A pesar de ello, al principio ni yo lo notaba, por mucho que mis compañeras cambiaran y comenzaran a tener pechos y cuerpos geniales, yo no lo note, y si alguien más lo noto... nadie le puso atención. Por otro lado, yo comencé a experimentar curiosidad, me tocaba de vez en cuando y sentía como mis nervios se agudizaban. No me detuve a pesar porque no tenía pechos o porque no tenía nada de cintura, sólo me dedicaba a explorar cada una de mis partes.

La primera vez, lo recuerdo todo, pasó justo después de cumplir los trece. Me encontraba sola en la casa, como pocas veces sucedía, tenía un calor... que me

recorría todo el cuerpo, ya me había pasado antes, pero jamás así. Pase una mano por mi casi inexistente seno y me di cuenta que el calor aumentaba, pero que a su vez, una sensación placentera me llenaba. Pase de sólo rozar, por error mis pechos, a algo más...

Entre a mi habitación y me desnude de la cintura para arriba, me acosté en la cama y comencé a tocarme lo pezones sin piedad, mientras lo hacía las sensaciones crecían y también la sensibilidad en mis pechos. Cuando pare, porque ya no podía seguirme tocando, fui al baño y note una humedad extraña entre mis piernas; lo que tiempo después descubrí que era lubricación

femenina.

Al principio, en mi ignorancia, pensé que había enfermado, pero aun así, no se lo comenté a nadie.

La experiencia jamás la he olvidado y dudo en hacerlo, fue mi primer encuentro sexual, aunque ni siquiera supiera que era aquello.

Unos pocos días después, en clases de natación, comencé a notar mi propia planicie, mi anti-desarrollo.

Todas las chicas del grupo de natación comenzaban a usar sostenes de una copa considerable, mientras yo me acomodaba —holgadamente— en sostén entrenador. Incluso había una chica en la

que me fije mientras nos cambiábamos, cuyos pechos enormes no cabían ya en su sostén talla B. Ese día, desee tener senos enormes, no, gigantescos. Ver a esa chica con enormes y perfectos senos, me hizo desear unos para mí.

Cuando regrese a casa, me note en un espejo, y obviamente note que es lo que me faltaba...

Las personas dicen que la sociedad es la que te enseña como verte a través de los medios masivos, pero a veces no es necesario tanto, para darte cuenta que no tienes el cuerpo que quisieras, basta con ver a aquellos que si lo tienen para desearlo. Llamalo como quieras... envidia, o con cualquier nombre.

Y sí, quizás lo que se dice sobre “nadie está de acuerdo con su cuerpo” es cierto, pero no puedes negar que uno quiere lo mejor para uno.

En fin. Pase un buen tiempo rogándole a cualquier santo para que mi caso fuera solamente un desarrollo lento, y luego me convertiría en una joven hermosa con curvas impresionantes, pero para mi desgracia no ocurrió.

Entre al bachillerato, y ¿adivinen qué? Sí, mi imagino que están en lo correcto; yo seguía tan plana como una bebe.

Y para colmo, todos se habían dado cuenta de ello, así que no tarde en ser blanco de burlas y de señalamientos.

Había desarrollado, claro, pero no como hubiera deseado, para nada como hubiera deseado. Tenía dos pechos pequeños que seguía cubriendo con un sostén entrenador. ¡Era terrible!

Para cuando llegue a la Universidad, a estudiar ingeniería civil, todo empeoro. Los compañeros no me miraban como una mujer, y no porque no tratara de vestirme femeninamente, pero aun con el mejor intento que hiciera, yo no me veía como una mujer curvilínea, es más, muchos consideraban que yo seguía en mis 16 cuando yo ya tenía 21.

Los chicos se sentían en la libertad de hacer tonterías entre ellos como si ni una mujer los observaba, porque en cierta

forma, para ellos yo no era una mujer. Cuando pasaba una chica con un cuerpo bastante bueno, se volvían locos.

A decir verdad, creo que no ayudó que yo no me comportara tanto como una dama, y eso no le puedo echar las culpas a nadie, solo a mí.

De cualquier manera, ¡qué se puede esperar cuando eres la única mujer en un grupo de 30 alumnos...!

Me volví una de ellos e in-visibilice a mi mujer interior.

No me importó ser una de ellos, aprendí mucho sobre como pensaban los hombres y qué es lo que buscaban en una mujer. Visualice la “mujer deseada” por

todos, y luego lo comprendí...

¡Fue una gran eureka!

Mientras todo eso sucedía a mí alrededor, yo había descubierto un mundo nuevo en mi sexualidad... las películas XXX.

Si de algo sirve –como excusa–, me vi influenciada por el mundo de los hombres, pero en realidad aunque eso fuera del todo cierto, aún queda la elección de uno, así que no, no es una excusa.

La primera vez que vi una película porno, estaba por entrar a la universidad. Tenía todavía 16 años, pero ya me había tocado más de alguna vez y

había imaginado qué sería que otro me tocará y hasta había experimentado mi primer beso, que terminó en una lamentable y espeluznante situación... para el chico; porque vale aclarar que el pobre quedo asustado cuando comencé a succionar –de forma brutal– su lengua. Sólo diré que fue un fiasco, no me sacaran nada más.

Volviendo a la primera vez que vi una porno... Sucedió de la siguiente manera: era de noche y mis padres y hermano mayor ya dormían, mientras que yo me había quedado despierta viendo una serie que lleva transmitiéndose desde hace mucho tiempo, pero como no me pagan para dar esos detalles y hacerles

publicidad, omitiré cual serie era. Para mi buena/mala fortuna, la serie acabó y yo aún no tenía sueño, nada, ni una grisma de sueño; por lo que decidí ver que más había en la televisión y comencé a pasar de canal en canal, hasta que llegue a ver una película que me pareció que tenía contenido sexual. Esa clase de películas, se dan color rápidamente. Al principio cambie de canal, por miedo y porque no había visto nada de sexo aún, pero la curiosidad me ganó; yo en serio quería ver cómo es que se tenía sexo, como era un pené y una mujer de verdad. Por ello, volví a poner el canal con la película XXX. Se podría decir que no era una película con tres

“X” porque sólo mire las tetas de la mujer –unas muy flácidas, por cierto–, y lo demás... estaba cubierto.

No me decepcione, pero mi curiosidad no se calmó con esa cosa, sin embargo no tenía manera de ver más que esa película, primero porque no me iban a dejar desvelarme otra vez, y segundo porque sólo daban ese tipo de películas pseudo-porno.

Me dije que sería la única película de esa clase que vería, y en retrospectiva cumplí.

La segunda vez que vi una película –realmente– porno, fue unos meses después. Entre a la computadora que mi hermano y yo compartíamos y encontré

abierta una página PORNO, esta vez sí vi más que unas tetas, vi un pené y por supuesto muchas cosas más; sin embargo, en mi inexperiencia y mis ansias de tener –todavía– una mente sana, la cerré.

Al día siguiente volví a entrar a la computadora y nuevamente la página estaba abierta, quizás por algún error en la maquina o vaya a usted a saber. El caso es que esta vez, mi curiosidad pudo más y pique uno de los videos que me llamo la atención.

En cuanto la película se cargó, comencé a verla. Nada que ver con la anterior, aquí no había sabanas que cubrieran los cuerpos de los personajes

y mucho menos la cámara dejaba de grabar sus partes íntimas. Vi perfectamente bien como tenían relaciones sexuales y evidentemente nada tenía que ver con hacer el amor.

Yo no podía apartar la vista de lo que se estaba proyectando, no podía ni quería. Estaba hipnotizada por lo que observaba. Mi cuerpo se excitó mucho y me humedecí como jamás lo había hecho.

Cuando acabó el vídeo yo estaba feliz y con ganas de ver mucho más, quería saberlo todo y volver a sentir de esa manera. Por esa razón, cada vez que me quedaba sola en casa y sabía que tenía tiempo, buscaba la página y me metía a

ver pornografía. No me tocaba, todavía no, y si lo hacía, no pasaba de tocarme mis lastimosos pechos.

Llegue a segundo año de la universidad haciendo lo mismo, sólo viendo videos XXX, sin llegar más allá de eso.

Un buen día, después de ver el vídeo de una chica masturbándose, decidí hacer buen uso de mi curiosidad y busque qué hacer para darse autoplacer. Me había cansado de ver pero no sentir mucho.

Busque todo un día y encontré como complacer a una mujer tocando únicamente el clítoris, y sí, así comenzó realmente mi experiencia sexual.

Era yo, mi mano, una laptop sobre mi pecho para poder ver películas porno e imaginar que la protagonista era yo, y que los hombres me deseaban como se miraba que deseaban a esas estrellas porno.

Ese día en que vi, por primera vez una película XXX, abrí mucho más que sólo mi sexualidad, abrí un mundo de posibilidades que hasta ese momento descubrí.

Capítulo ii

Mi primera vez

A estas alturas esperaran que cuente que mi primera vez fue muy espectacular, al estilo de las películas románticas, o las eróticas, o como muchas novelas que insisten con decirte que ese momento será inolvidable. Y sí, al menos en algo no se equivocan... NUN-CA-LO-OL-VI-DA-RÁS, eso puedes tenerlo seguro.

Para cuando iba a cuarto año de universidad, casi a punto de acabar mi carrera de ingeniería civil cuando tuvimos a bien organizar una fiesta.

Todos los que estábamos en ese departamento —cuchitril— de un compañero, éramos como menos compañeros de carrera. Había chicos de todos los años y las pocas mujeres de la carrera también estábamos ahí. Casi nadie de los hombres habían querido llevar a sus novias, primero porque era un pacto entre ellos, aún no lo entiendo el porqué, sin embargo, las pocas que había se iban poco a poco cuando veía la actitud de los muchachos. Todos estaban como locos descarrilados, algunos estaban teniendo juegos estúpidos sobre como tomar más rápido o cualquier cosa que se le ocurriera que implicara alcohol. Lo normal. Otros

estaban hablando de sus experiencias sexuales, que ya ni uno sabía si eran inventadas a causas de su embriagues o simplemente estaban siendo unos exagerados. De cualquier manera, la mayoría de mujeres no aguantaban la falta de caballeros y la abundancia de trogloditas, incluso las chicas de la facultad comenzaron a emigrar. Yo lo hubiera hecho también, de no ser porque tenía un fin oculto. Me aguante todas las patanerías de los muchachos durante horas, hasta fingí beber hasta emborracharme y caerme cada vez que me levantaba.

No estoy orgullosa de mi actitud, pero estaba harta de ser virgen, no soportaba

ese “auto-consuelo” que me daba algunas noches, porque a pesar de nunca haber probado un verdadero pené, estaba segura que no se sentiría nada parecido con lo que yo me hacía cuando todos dormían.

¡Quería algo real!

Mis posibilidades escasas de conseguir pareja me dejaron en un callejón sin salida, claro, hasta que se organizó todo para la fiesta.

¡Sabía que esa era mi oportunidad!

No iba a dudar en tomarla.

Fue en un noviembre 21. Aún recuerdo la fecha.

—¿Vas a ir a esa fiesta de porquería?—

me preguntó Yaris, mi compañera de habitación.

Para ese entonces yo vivía en la universidad, porque aunque no quedaba muy lejos de mi casa, así lo habían decidido mis padres, era por algo así de “darme independencia”. Llevaba un poco más de un año viviendo en la universidad y con Yaris, por supuesto.

– Sí, sabes que sí. Es mi única oportunidad para lograr estar con alguien —explique, mientras me terminaba de poner bien la coleta.

Ella lo sabía mejor que nadie, había estado junto a mí desde que había entrado a la universidad, y también había visto que aparte de unos cuantos

besos ocasionales con algunos hombres, yo no había tenido nada con nadie. Era mi amiga por esos asares del destino, ya que no éramos compañeras más que en una clase, que es donde nos habíamos conocido. Ella estudiaba arquitectura y por esa razón, en el primer año, fuimos compañeras.

Sin embargo, a pesar de todo ese tiempo estando juntas, jamás se había dado cuenta que me despertaba en la madrugada y me masturbaba como loca, pero eso no tenía por qué enterarse, éramos cercanas pero no para tanto.

– Mira Yaris –comencé a decir con aire cansada–, entiendo que para ti es fácil conseguir a un chico con el cual

estar, lo he visto por años, y honestamente me parece increíble, pero mi caso no es así.

– Porque así lo quieres tú –replico enfadada–, eres bonita y eso le debe bastar a un hombre de verdad y no a esos patanes que quieres...

– Dejalo ya –replique, cortando su perorata.

Había escuchado un millón de veces lo mismo, y de diferentes personas, pero estaba harta de que nunca pasara. Y ya sabes “Si Mahoma no va a la montaña...”

Termine de arreglarme poniéndome un bonito sostén de esos que tiene relleno

para poder levantar los senos y hacerlos ver más grandes.

Cuando acabe de arreglarme me despide de una molesta Yaris, pero me importó un bledo su opinión, por mí que se la metiera en coño usado.

Llevaba días planeando este día, y nadie iba a arruinármelo. Me negaba —y me niego— a creer que el sexo necesariamente tiene que hacerse solo cuando sientes algo más que deseo por una persona.

Hace unos días había comenzado a investigar como es la experiencia, y encontré muchas cosas curiosas, y otras no tanto.

La primera que encontré decía que si quieres estar preparada debes estar lubricada y no debes estar tensa, pero no tenía idea de cómo iba a hacer eso. En una escala del uno al diez, estaba casi segura que mi tensión estaría en un diez.

Lo segundo que leí, era de un hombre dándole consejos a una niña menor que yo. Le decía que para que no le doliera tanto la primera vez, intentará primero con un dedito de su mano y que cuando se acostumbrará a la presión de uno, metiera otro, hasta soportar ambos dedos juntos dentro de ella.

De las dos ideas, la segunda me pareció un poco más acertada, pero de igual forma tenía que probar con las

dos, aunque una de ellas sólo la podría poner en práctica una vez hubiera conseguido al chico.

Así que para poner en práctica la segunda cosa que leí, espere a que fuera de noche. Salí de la habitación con mi laptop y me fui al baño de damas. Una vez ahí, reproduje uno de los videos porno que había descargado en casa. Lo había visto ya unas dos veces, pero no podía tener muchos videos en mi computadora.

Antes de ver el vídeo, me lave bien las manos y trate de no estresarme. Sabía que dolería pero el sacrificio de ahora, lo disfrutaría luego.

Comencé con la “rutina” de siempre:

tocarme un poco mis insignificantes pechos, seguido de un toque leve a mi clítoris, y luego pasar a un ritmo más rápido hasta alcanzar mi orgasmo.

Estaba bastante húmeda cuando acabe, lo cual era bueno para lo que lo necesitaba.

Primero, introduje ligeramente mi dedo de en medio por mi cavidad y pronto supe que era mala idea, no había manera que no me doliera, ¡y el ardor...! Pero lo deje dentro de mí. No debía arruinar las cosas, no podía tampoco. Una vez el dolor ceso, metí dentro de mí, mi dedo índice. Eso fue peor.

¡El dolor...!

No hay manera de describirlo.

Mi excitación estaba por los suelos, era horrible la sensación y no podía sacarlos hasta que lograra un avance, de lo contrario, todo sería en vano. Y no quería eso.

Me llevó diez minutos poder sacar y meter mis dedos sin mucha dificultad.

Estaba preparada, o eso esperaba.

Así que cuando me fui a la fiesta de la facultad, estaba emocionada y confiada.

¡Qué error!

No estaba ni un poco preparada, y las emociones se acabaron rápido.

Llegue a la fiesta cuando estaba en

pleno apogeo.

– Ehh, miren quien llegó –grito Marvin, un compañero estúpido, conocido por decir nada más que lo obvio y por preguntar tontería y media en clases–, es S.

– Hola Marvin –dije quitándome su brazo de encima.

Olía como el mismo demonio, o quizás peor, porque el azufre era mejor que su hedor natural combinado con las cervezas que ya se había tomado.

Busque al chico que había elegido, pero para mi sorpresa, estaba con una linda morena con pechos enormes. Él la miraba directamente a esos senos y yo

me sentí defraudada.

En ese mismo momento recordé que no estaba ahí por él, ni por alguien en específico. Aceptaría a –casi– cualquiera.

Me fui a la cocina, donde tenían las bebidas y fingí beber un montón.

– Hey, S –grito entre el tumulto de personas Javier, un compañero y amigo–, tengo que hablar contigo –hipo.

– Dime, J –respondí imitándolo.

– Aclárame una cosa –se tambaleo un poco cuando llegó donde yo estaba. Asentí con la cabeza–. ¿Es cierto que el maestro Kant, les gusta a todas? –puso sus manos en mis hombros y me agitó.

– Supongo que les gusta a la mayoría –
respondí dudando.

Era cierto que el profe Kant era guapo, pero a mí me parecía... muy nerd. Yo siempre he sido más del lado de los estúpidos que de los estudiosos, por eso es que me llevaba bien con Javier, porque ambos éramos un par de detectores de estúpidos y nos encantaban su inferioridad.

Yo soñé y sueño con hombres con un bajo grado de discernimiento, y sólo por una razón... caen más rápido que los intelectuales, y **NO SE ENAMORAN**.

– ¿Vas a decir que a ti no te gusta ni un poco? –preguntó arrastrando la última palabra.

–No, sabes que no es mi tipo.

–Ahhhh, sí, se me olvidaba –chasqueo los dedos–, te gustan los tarados.

Lo mire frunciendo el ceño, pero no entendió nada. Se estaba metiendo en terreno pantanoso.

–Entonces qué te parece si te presento a mi primo, él es un rematado tarado, y me ha dicho que le gustan las niñas, y ya sabes... tú no tienes pechos y eres... plana, como una tabla –se río, mientras alcanzaba a tomar otro trago.

No sabía a qué venía la estúpida actitud de mi amigo, pero el hecho de sentirme herida, sólo acrecentó mi deseo. Quería conocer a su maldito

primero y de paso, acostarme con él.

– Preséntamelo entonces –respondí nuevamente volviendo a mi pose de borracha.

– Ven conmigo –me haló de mi camisa y me arrastro hasta donde estaba un chico menor que nosotros—. Él, es Rodrigo –lo presentó.

–Hola, Rodrigo –hipé.

Rodrigo no calculaba nada para ese entonces, sólo hizo un saludo ridículo de algún programa espacial que pasaban antes, algo así de unir dos dedos por un lado y otros dos dedos por el otro lado de tu mano, a modo que quedara un espacio entre el dedo medio y el anular.

– Yo ya cumplí –dijo Javier, y se retiró, dejándome sola con ese niño, al que quizás le llevaba dos años, como mucho.

– ¿Quieres ir a un cuarto? –pregunte sin pensármelo dos veces.

Quizás la humillación de Javier me hacía más fuerte, o yo estaba realmente loca, pero no lo quería pensar mucho. Lo iba a hacer, así fuera con un desconocido, o ya de sí, con un niño. Podía ser ilegal, pero el hecho de pensar en ello... sólo me excitó.

Rodrigo sonrió y me siguió hasta el cuarto de uno de los chicos que vivía en la casa. No recuerdo como era el cuarto, ni me interesó.

Cuando entramos y cerré la puerta con llave, comencé a besar al primo de Javier.

Rodrigo, sabía a alcohol, un fuerte hedor a alcohol emanaba de su boca, pero no quería rendirme, no lo haría, y menos habiendo llegado tan lejos.

Lo tire en la cama y simule ser una de esas mujeres mayores que salen en las películas porno con jóvenes.

Yo le enseñaría a él, aunque no tuviera idea de lo que hacía, pero no es como si Rodrigo supiera eso.

Me quite la camisa y me quede en sostén. Rodrigo me vio y pareció gustarle lo que veía, así que continúe

desvistiéndome hasta que quede sin nada.

Una vez desnuda, le ayude a desvestirse, y para mi suerte, su pené estaba bastante erecto, por lo que sin pensarlo dos veces, me subí en esa cosa.

Ahí es donde ocurrió la tragedia.

No lo entendí hasta que el dolor desgarrador me traspaso cada célula de mi cuerpo.

Había cometido más de un error, y lo había pagado, con creces.

Sin pensármelo dos veces, me baje de Rodrigo, mientras tanto trataba de no llorar.

Toda mi cavidad dolía y mucho. Mi

vagina estaba en llamas y no podía hacer nada para calmar el dolor.

Mi primer error fue no prepararme, lubricándome a mí misma, con lo que fuere; no tenía idea de que no estaba lubricada hasta que me di cuenta que no estaba ni un poco húmeda. Me había excitado, pero sólo un poco, más bien casi nada.

El segundo error fue haber dejado que toda la longitud de Rodrigo se internara dentro de mí, debí haberlo hecho poco a poco, y no como una tonta avorazada.

El tercer error fue la posición, la peor posición para una virgen: yo encima de él.

Una vez me medio recupere, volví a la andanza. Esta vez no cometí ningún error.

Me estimule mi clítoris hasta tener un orgasmo, mientras que Rodrigo me observaba, bastante excitado, he de añadir.

Una vez había logrado estar húmeda, me acosté y lo invite a ser él quien llevara el mando.

Rodrigo se subió con torpeza sobre mí y se introdujo dentro de mi vagina lentamente, guiado por mi mano que le decía cuando parar.

El problema vino a los dos minutos, cuando Rodriguito, termino dentro de

mí, ¡A LOS DOS MINUTOS!

No duro nada y no sentí nada de placer. Más bien me pareció como si me hubieran escupido en la vagina saliva caliente. Sólo eso.

Me decepcione de inmediato.

Quería que todo acabara rápido, pero no así. Me imaginaba al menos quince minutos, así como los videos que podía descargar. Pero no, en lugar de ello, termine con semen dentro de mí y un niño baboso y dormido a la par mía.

¡Nada más idílico!

Para cuando me sentía más recompuesta, me vestí lo mejor que pude y rogué para que nadie nos hubiera

visto entrar a ese cuarto. No quería que todos se imaginaran que mi primera vez había sido con un niño precoz.

Sería la comidilla de la facultad si eso sucediera.

Para mi suerte, nada sucedió. Ya sea porque todos, incluido Rodrigo, lo olvidaron, o simplemente yo estaba dándome aires de superioridad al pensar que eso sería noticia.

Así que mi primera vez en el sexo... lo reserve sólo para mí, principalmente porque fue un completo fiasco y porque me humille en muchos sentidos.

Con el tiempo me di cuenta que no valía la pena acostarse con borrachos y

que también me gustaba más atraerlos de las formas convencionales, y no de esa manera tan desesperada e infantil.

Capítulo iii

Tetas.

Llegamos a lo que a mí me gusta llamar “Mi despertar”, y no, no me refiero a un despertar sexual. Si han estado atentos, eso sucedió hace un montón. Me refiero a mi despertar como mujer.

Y sí, si es misógino y machista lo que diré, pero esto sólo representa la forma en la que yo me veía; porque para mí es cuestión de cómo te veas a ti mismo y así poder decir si realmente te gusta o no ser de tal forma y si quieres o no cambiar.

En lo que a mí concierne, no me gustaba para nada mi cuerpo. Quería el maldito cuerpo de una mujer llena de curvas, una mujer voluptuosa. Con cintura pequeña, caderas más que aceptables, trasero firme y jugoso, y por supuesto, tetas enormes y redondas.

El detalle: cómo haría que mi cuerpo fuera de esa forma.

Me idee todo un plan, debía funcionar. De una u otra forma yo tendría mi cuerpo ideal.

Durante mi infancia, mi adolescencia y mi juventud, siempre me caracterice por lograr lo mínimo de lo que me proponía. Siempre quise ser una alumna de 10, pero no pase del 8, así que era como, de

cierta manera, fracasar. Lo mismo era con los hombres y en realidad, con todo lo demás.

Así que no, esta vez no me rendiría, haría todo lo que estuviera en mis manos para poder tener lo que deseaba.

¡Y vaya que deseaba mucho ese cuerpo!

Lo primero que hice fue elaborar metas a corto plazo, haciendo una lista de prioridades.

Comencé con lo que yo consideraba más fácil... definir mi cuerpo. No quería músculos, pero con ejercicio y una alimentación “saludable” conseguiría poder tener una figura

aceptable.

Por ello, comencé a ir a un gimnasio cerca de mi casa. Iba todos los días, todos.

Era agotador, pero cada mes me iba pareciendo a esa imagen mental que tenía de mí.

Mi trasero aumento considerablemente, al igual que mis piernas. Y de pronto, la grasa que iba acumulando por comer mucha proteína se convirtió en “alimento” para mis músculos, lo que daba la impresión de que tenía cadera y cintura.

Hice los ejercicios requeridos y comí lo que me decía el entrenador que

comiera. Todo perfecto.

Los muchachos comenzaron a notar mi mejoría, sobre todo en mis ajustados jeans. Me alagaban, pero seguían sin verme del todo como yo quería.

Bien, quizás podía haber vivido de esa manera, siendo alagada por aquellos que consideraban que un cuerpo saludable y más o menos curvilíneo era buena idea. Pero yo no, yo quería esos increíbles senos que me prometí que tendría.

Ahí es donde me encontré con un gran muro de contención. No había manera de incrementar los senos sin cirugía, y la cirugía incluía tener dinero, cuestión que dificultaba todo, porque yo no tenía ni un dólar partido por la mitad. Todos mis

ahorros se habían ido al gimnasio y a la carísima comida que me obligaba a comer.

Me vi frustrada por días y días.

Estaba por terminar la carrera, sólo me quedaba la tesis, pero aun con un poco de tiempo... no era suficiente para obtener trabajo de tiempo completo que me garantizaría tener mis pechos al nomás salir de la carrera.

Unos días después de estar batallando con ese dilema, encontré la solución en un compañero.

Resulta que en realidad lo escuche por casualidad un día... pero yo estaba dispuesta a todo, aun si eso implicaba

venderme, o más o menos hacerlo.

– Necesito otra chica más Drake, sabes que el negocio va tan bien que es necesario tener más de tres mujeres – Tomás se quedó aguardando la respuesta.

Me escondí en cuanto escuche que se trataba de algo que Tomás no querría que alguien se diera cuenta.

Era evidente que este niño andaba en algo extraño, me lo debía suponer porque nadie de nuestro año andaba un carro como el de él, más que nada porque todos éramos de clase media, al fin y al cabo, se trataba de una universidad Estatal y no de una prestigiosa universidad privada.

– Trataré de conseguirla. Cuando la tenga te llamo de nuevo –volvió a hablar Tomás. Se escuchaba cansado. Se rascaba la cabeza con desesperación y casi veía la sangre que iba a brotar de su cabeza por rascarse de esa manera tan violenta.

– Te puedo ayudar –dije saliendo de mi escondite.

Tomás volteó y me vio con los ojos achicados.

De inmediato me di cuenta de mi error, pero seguí adelante. Si ya había metido los pies en el barro... no tenía más remedio que sumergirme en él y ver si hallaba una mina de oro.

– No creo que puedas ayudar S –dijo despectivamente.

– ¿Por qué no me pruebas? –respondí tranquilamente.

Ser río de mí en ese momento, casi se doblaba de la risa, pero cuando vio mi cara capto el mensaje: estaba dispuesta a lo que fuera.

– Está bien S, te probare y si llegas a excitarme... estarás dentro. Pero creeme, me es difícil excitarme con una mujer, soy más de hombres... – menciono viéndose las uñas de las manos.

Hasta ese momento jamás me había imaginado que Tomás fuera homosexual,

o bisexual, daba igual, estaba realmente asombrada, pero me recompuse rápida.

– Dime que tengo que hacer –ronronee una vez mi estupidez pasó.

– Dame tu número de teléfono –estiró la mano. Saque de mi cartera mi celular y se lo entregue, el hizo una llamada de mi teléfono al suyo y me lo devolvió—. Esta noche, mantén el teléfono junto a ti, te llamare y cuando respondas tienes que fingir ser una sexoservidora telefónica. Una prostituta, pero de voz –explicó riéndose irónicamente. Era apenas una risa, pero me fije que le daba gracia que dentro de todas las osadas chicas, fuera yo la que estuviera pidiéndole empleo.

¿Por qué dentro del gran montón de personas, yo, una chica que todos pensaba que era bastante centrada – porque eso es lo que se creía de mí, y sólo lo creían porque me había volcado en mi nuevo ser y había dejado atrás a los hombres– iba y le pedía empleo de sexoservidora telefónica?

Quizás él no lo entendía, para ese entonces todos pensaba que era aún era virgen y que el cuerpo me estaba cambiando a causa del propio desarrollo de los 20’.

No podían estar más lejos de la realidad, pero yo los dejaba creer eso. Rechazaba a los pocos hombres que coqueteaban conmigo, que quizás hacían

entre todos unos tres, pero los rechace, así que todos estaban confundidos conmigo.

Creían que me había vuelto una especie de santa o que me había equivocado de carrera y en lugar de estudiar ingeniería, me debía haber vuelto monja.

Hasta donde recuerdo, se comenzó a figurar muchas hipótesis acerca del porque rechazaba a los pocos chicos que me pretendían. Pero no duro mucho ese suceso, todo terminó cuando me gradué, pero no nos adelantemos.

Ese día, cuando llegue a casa, les dije a mis padres que me encontraba mal y que me iría a dormir temprano, me había

ido a vivir con ellos gracias a que ya había terminado prácticamente la universidad, era una egresada y como tal no podía dormir en el campus.

Me encerré en mi habitación poniéndole llave a la cerradura y metiéndome después en el armario para evitar que me escuchara alguien. No sabía que podía suceder si eso pasaba.

Como a eso de las diez de la noche, recibí la llamada telefónica de Tomás.

—Hola amor, te has comunicado con la línea caliente de Cristal —me había parecido apropiado fingir que de verdad era una de esas mujeres, por lo que decidí hacer todo lo posible para creerme ya contratada y hacer cuenta y

caso que Tomás era un cliente al que le sacaría dinero.

– Con que Cristal eh... –respondió Tomás dubitativo.

– Así es, Cristal, cariño. Me imagino que has llamado porque quieres algo caliente este día, y creeme yo estoy caliente y húmeda para ti –por alguna razón imagine que eso le gustaría.

– Sigue –dijo él, pero su voz sonaba desganada.

– No –respondí cortante–, porque desde ahora, tú eres mi esclavo y harás todo lo que digo...

– ¡Estás loca! –me corto Tomás.

– No –dije sintiendo una fuerza en mí.

Visualice mis futuras tetas y tome una bocanada de aire—. Quiero que te toques para mí, Tomás, quiero que te imagines que te estoy viendo, desnuda, sentada en una silla y observando cada uno de tus movimientos sobre tu gruesa y larga polla, no creas que no me la he imaginado muchas veces. He tenido sueños ardientes con tu polla, Tomás — dije jadeando. Pero lo había logrado, lo había dejado callado y eso era buena señal o eso esperaba—. Toma tu gruesa y larga polla y poco a poco te comienzas a masturbar.

No escuche nada por un momento, pero luego, como si fuera maná, lo escuche, escuche a Tomás jadeando.

– Eres mío Tomás, y harás lo que quiera yo y nadie más y sólo hasta que obtenga lo que quiero de ti, podrás hacer lo que quieras conmigo, mientras eso sucede... Deja que masturbarte ahora mismo. Sé que estas a punto de lograr un orgasmo, pero no te dejaré, no lo mereces, eres un simple niño que quiere hacer dinero fácil, pero no podrás controlar esto. Y no te rasques la cabeza. No puedes tocarte nada de tu cuerpo. ES MÍO –enfátice enojada.

– ¿Qué quieres que haga? –preguntó sumiso.

– Harás lo siguiente –comencé con firmeza–. Podrás un espejo frente a ti y luego te mirarás, mientras yo te digo que

hacer. Ve, rápido busca ese espejo –
grite.

– Ya –dijo después de un minuto de
silencio.

– Más te vale que sea cierto, porque
como no lo sea... lo sabré –amenace.

Espera un minuto más mientras
escuchaba como del otro lado de la
línea los resortes de la cama de Tomás
se movían sin cesar.

– Toma tu pené Tomás, quiero que
llevés tu mano hasta la punta y luego
baja suavemente por todo tu falo.
Imaginate que es mi pequeña y suave
mano –ordené—. Así Tomás, lo estás
haciendo de maravilla. Suave, de arriba

hacia abajo. Ahora, hazlo más rápido, frentico. Te estoy observando, ¿lo recuerdas Tomás? Estoy frente a ti y me has hecho calentarme aún más de lo que hubiera imaginado. Sólo ve en el reflejo como estas de excitado y duplicalo, porque así me tienes a mí. Estoy tan ardiente que no me puedo aguantar las hagas de tocarme, quiero satisfacerme para darte satisfacción a ti. Toca tu pené más fuerte Tomás. Da todo de ti. Mirate y aprecia tu excitación mientras imaginas lo caliente que me has puesto a mí. Eres todo un hombre Tomás...

– ¿Puedo? –me interrumpió jadeando.

– Hazlo –ordene.

Escuche como Tomás se venía

ruidosamente.

Ese mismo día, Tomás, me contrato y cada noche recibía como mínimo, dos llamadas de hombres desconocidos.

Tomás había creado un perfil para mí salvaje y dominante. Y aunque a mí no me gustaba del todo, sabía por muchas películas porno, que a veces eso es lo que quieren los hombres, quieren que los controles. Valga decir que la primera vez lo hice porque había visto el carácter de Tomás y me di cuenta que él era una de esas personas que les gusta mantener el control, pero secretamente quieren que los controlen o que alguien les diga que hacer.

Con el tiempo me entere que también

por eso le gustaban los hombres, y que él era quien fungía en la relación homosexual como el que “recibe” –por llamarlo de alguna manera–.

Trabaje como sexoservidora durante toda la tesis, reuniendo todo el dinero posible.

Yo no sólo quería los pechos, quería que un buen doctor me atendiera y que no me pusiera algún objeto que pudiera dañar mi salud.

Una vez me gradué y obtuve todo el dinero necesario, abandone el negocio de Tomás, lo dejé para siempre y hasta la fecha no me he arrepentido de haber hecho lo que hice, tanto de abandonarlo como de haber trabajado ahí.

Gracias a ese trabajo, ahora soy copa D, porque no quise ponerme una simple copa C, y me salte de una a la D. Gracias a ese trabajo, ahora tengo enormes senos y el cuerpo que tanto desee. Ahora los hombres me miran tal y como siempre quise que lo hicieran.

Amo mis pechos y aunque sean implantes, los hombres los desean.

Son firmes redondos y GRANDES.

Lo que siempre quise, lo obtuve gracias a ser una sexoservidora telefónica.

Capítulo iv

Segunda primera vez

Comencé a trabajar dos meses después de haberme operado, y ahí es donde lo conocí.

Durante todo el tiempo de la universidad había querido olvidar a Rodrigo y la que en realidad es mi primera vez.

Mi mente se negaba a creer que el sexo fuera un fiasco. No importaba lo que había pasado, yo seguía firme en la idea que el sexo tenía que ser genial, y la reforzaba cada vez que me excitaba con

las llamadas telefónicas.

Luego lo confirme con mi segunda primera vez, o la que a veces me gusta pensar que es mi primera vez.

Acababa de entrar a trabajar y conocí a mi nuevo jefe... ¿Trillado? Seguro que lo es.

Era mi primer día y la de recursos humanos —sí era mujer la que me entrevistó—, me lo presentó.

—Ahora te presentaré a tu nuevo jefe —dijo Carlota, la jefa de recursos humanos—. Es una gran persona, un excelente ingeniero con unos buenos años de experiencia, además de ser el sobrino del dueño —lo último lo

menciono un poco suave, pero lo escuche.

Caminamos hasta donde se estaba construyendo el complejo habitacional. La oficina de Carlota estaba ubicada en una de las casa modelo, aunque le tocaba compartirla con el de ventas. En realidad se suponía –según lo que ella me contó–, que ella estaba ahí en lugar de en las oficinas de la empresa porque la empresa estaba ubicada al otro lado del país y era necesario contratar a personas de la localidad, por lo que en una decisión administrativa decidieron llevarla –sólo a ella– para que pudiera contratar a todos los obreros necesarios y al ayudante del jefe ingeniero, o sea,

yo.

Llegamos a la construcción y no pude evitar sentirme deseada con cada paso que dábamos. Éramos dos mujeres en un mar de hombres. Es cierto, algunos eran viejos, otros feos, pero la sensación que hace tanto tiempo espere... vino a mí.

Comencé a mojar me lentamente, y eso que sólo me miraban, imagine que me estaban desnudando con la mirada y mis pezones reaccionaron. En ese momento di gracias al mundo por llevar un sostén con copa. Era primera vez que usaba uno, sobre todo de esa talla.

Llegamos a una de las casas más grandes de toda la construcción y a lo lejos vi a un hombre alto, como de 1.85

metros de estatura, con el cabello rubio, ojos verdes, con la mandíbula cuadrada y firme que parecía haber sido dibujada por los mismos dioses del olimpo. Parecía tener unos 34 años de edad. Sin duda, uno de los hombres más buenos que había visto en mi vida.

– Ok –me dijo Carlota, cuando noto que lo estaba viendo, luego me tomo de los hombros para que la mirara a ella y me miró fijamente–, sí, él es tu nuevo jefe, y sí, está muy guapo, pero te voy a decir una cosa antes; él está casado, muy casado. ¿Una lástima? Por supuesto, pero así es esto, además, no creo que sea buena idea meterme con él.

– Entiendo –me limite a decir.

Claro que entendí, pero poco o nada me importaba que fuera casado.

Mi autoestima y seguridad sobre mí, habían cambiado radicalmente desde que había tenido sexo por primera vez. Y creía que podía conquistar a un hombre como ese, por lo decidí que me acostaría con él.

Carlota me llevó hasta donde estaba él.

–Ingeniero –lo llamó Carlota,

Él miró directamente hacía nosotras, sobre todo, así a mí. Me examinó de pies a cabeza y luego sonrió, con una de esas sonrisas picaras que algunos hombres suelen tener.

– Buenos días –saludó cuando estuvimos suficientemente cerca.

–Buenos días ingeniero Mars, le venía a presentar a su nueva ayudante. Ella es... –ella me presentó, obviamente diciendo mi nombre, pero hare cuenta y caso que me presentó de la siguiente manera:– la señorita S.

– Un gusto, S –él tomó mi mano y le dio un ligero apretón.

– Igualmente –respondí poniéndome coqueta.

Carlota suspiro ruidosamente.

– Les dejo para que trabajen –dijo finalmente y luego me miró penetrantemente, dándome a entender

mucho.

– Señorita S, acompáñeme, le mostraré todo por aquí. Por cierto, llámame Santiago –me guiño un ojo y comenzó a explicarme un poco sobre lo que se haría en ese complejo habitacional.

Estuvimos la primera semana coqueteando de vez en cuando. Sonriéndonos cada vez que nos mirábamos fijamente. También note como cada vez que me agachaba para hacer algo, él me miraba el escote sin ninguna vergüenza.

Después de la primera semana, poco a poco, comenzamos a rozar nuestros cuerpos “sin intención”, claro está.

Yo me ponía muy caliente cada vez que el pasaba su miembro por mi trasero fingiendo tener poco espacio para pasar a traer algo.

La construcción nos facilitaba las cosas debido a que había un montón de personas o materiales regados por doquier que no se podían patear.

En otras ocasiones, yo era quien pasaba detrás de él, y accidentalmente le pasa rozando mis pechos. Incluso llegué a usar un sostén hecho de tela —o sea sin copa— para que sintiera mis pezones en todo su esplendor.

Probablemente me había vuelto loca por llevar tanto tiempo excitada y sin obtener nada.

De lo único de lo que estaba segura, es que yo me acostaría con Santiago, y de eso, no había ni la menor duda.

Pasó justo un mes después de haber entrado a trabajar.

– En eso quedamos entonces ingeniero – dijo el jefe de los obreros o maestro de obra.

Habíamos tenido una reunión para ultimar detalles de una de las casas “especiales” que habían solicitado esta semana.

Resulta que el complejo habitacional se encargaba de dos tipos de casas: las prefabricadas – que eran las que normalmente compraban las personas –,

y por otro lado estaban las casas especiales, que sólo se hacían a pedido de un cliente con una billetera muy gorda.

– Está bien Roberto, mañana hablamos con los obreros que se van a encargar de construir esta casa –le dijo Santiago a Roberto, el jefe de obreros.

Roberto asintió.

– Hasta mañana. Señorita, ingeniero – luego de despedirse se fue.

Estábamos en la oficina de Santiago, que era otra de las casas de muestra que habían hecho. Sólo le habían habilitado una habitación.

A diferencia de la otra casa muestra

donde estaban los de ventas y la de recursos humanos, esta no tenía casi ningún mueble.

Me levante de la silla donde estaba y me fui a poner detrás de Santiago. Puse mis manos sobre sus hombros y comencé a darle un masaje suave.

No me interesaba la forma tan descarada en la que me estaba comportando. Yo tenía ganas de él, y estaba casi un 100% segura que él también tenía ganas de follarme, porque no creo que hubiera querido hacerme el amor; eso no es para personas como yo.

– ¿Cuántas casas especiales han encargado? –pregunte en el tono más seductor que logre modular.

Le seguí dando el masaje, bajando un poco hacía los pectorales, que se sentía duros como una roca, llenos de músculos trabajados.

Por eso siempre me había encantado los ingenieros; porque explotan al máximo su virilidad.

– ¿Por qué no te sientas aquí para que hablemos? – palmeó el escritorio.

– Claro – respondí.

Olvide el masaje y me senté en el escritorio, frente a él.

– De qué gusta hablar, ingeniero – cuando dije ingeniero jadee, porque realmente me estaba excitando más de la cuenta con sólo verlo y tenerlo así, solo

para mí.

– Supongo que de ti –puso sus manos sobre mis piernas y comenzó, lentamente, a ascender en ellas.

– ¿Qué quieres saber? –pregunte respirando hondo y haciendo que mi senos se notaran más con cada respiración.

– Por ejemplo, si hay alguien que... calienta tu cama por las noches –dijo con tono seductor, que lejos de parecerme nada apropiado, me apreció totalmente erótico.

– A menos que tenga una propuesta hoy... no –respondí acercándome a él.

– Hmmm, ¿y cómo debería ser esa

propuesta? –coloco sus manos en mis caderas y me atrajo completamente a él, hasta que sólo nos separaba un dedo de distancia.

Nuestras bocas estaban peligrosamente cerca, tanto que si yo decidía suspirar hondo, podría tocarlos, pero no lo hice, contuve la respiración.

Quería que él avanzara primero.

Se relamió los labios y miró los míos con deseo.

–Eres una mujer peligrosamente bella –dijo.

Luego me tomo de la nuca y me beso con rudeza, como siempre me imagine que sería mi vida sexual. ¡Mejor que lo

que hacen en un vídeo porno! Principalmente porque todo eso es actuado y no puedes sentir nada de lo que están haciendo en la pantalla.

Con cada roce que nuestros labios gozaban, yo me calentaba más y más. Sabía que dentro de poco, me tocara o no, tendría un gran orgasmo.

– Sé donde podemos hacerlo –le dije cortando el beso.

Me aleje de él y luego baje del escritorio. Tenía el lugar perfecto donde ir a follar y seguro que el ambiente me podría a tono más rápido.

Lo había estado pensando prácticamente desde que entre y me lo

imagine desnudo sobre mí, en ese lugar.

Le tome de la mano y lo hale hasta donde estaba una de las casas en construcción, estaba comenzada nada más, no había casi nada en ella; sólo se habían puesto algunas cuantas columnas y el piso todavía era de cemento.

–Aquí –le dije cuando llegamos.

– ¿Segura? Porque aquí está sucio – dijo tomándome de la cintura con fuerza y juntando nuestros cuerpos violentamente.

– Por supuesto, totalmente segura – respondí.

Nos besamos nuevamente, y a la vez, comenzó a desabotonar mi camisa.

Botón por botón iba cediendo ante sus ágiles manos.

Me imagine qué más podía hacer con ellas...

– ¡Házmelo! –le susurre al oído cuando su boca se desplazó a mí cuello.

Se quitó su camisa por la cabeza, sin importar que los botones de esta siguieran dentro del ojal. La dejó cuidadosamente sobre el suelo y me ayudo a acostarme sobre ella.

Mi corazón estaba acelerado en sobremanera.

Saco mis pechos de la copa de mi sostén y comenzó a tomarlos, chuparlos, morderlos. Cada vez que su lengua

tocaba mi pezón, me excitaba más y más

Desabotonó mi pantalón y luego metió la mano que no tenía en mi pecho dentro de mis bragas ya húmedas.

Toco mi clítoris lentamente, mientras yo moría ahí mismo, tratando de tener retener un poco la cordura.

— ¡Hazlo! —ordené.

Metió un dedo dentro de mí y sentí una pequeña molestia que acabó rápido. Al instante metió otro dedo, que hizo el mismo efecto que el anterior, con la diferencia que cuando acabó la molestia, se comenzó a sentir verdaderamente bien, más que bien, excelente.

Comencé a convulsionar al instante. El éxtasis en el que entre... fue asombroso, dentro de los mejores que he tenido.

La sensación de sus dedos dentro de mí, su boca junto con su otra mano, en mis pechos... todo eso, hizo que mis sentidos desbordaran en una catarata grande y violenta.

Terminó de bajar mis pantalones junto con mis bragas y se quitó los de él rápidamente.

Desnudos ambos, se puso sobre mí.

–Me encantas –dijo lamiendo mi labio inferior.

–Dejame hacer esto por ti –pronuncie tocando con mi mano su pené largo y

grueso.

Había visto muchos penes en internet, e incluso vi el de Rodrigo, pero nunca había visto uno como el de Santiago.

¡Era hermoso!

Suave, rosado, largo y grueso.

Quizás era toda la excitación que aún tenía, o simplemente de verdad era un pené lindo, no lo sabía y no lo sabré, pero no importó porque yo quería darle placer a Santiago y acariciar correctamente su miembro.

– No –dijo acariciando mi pecho y bajando del todo mi sostén–. No ahora –sonrió con malicia.

No dije nada, me queda callada,

disfrutando del momento que estaba a punto de pasar.

Bajó por todo mi torso, dándome besos en los lugares correctos.

Una vez llegó a mi pelvis, me abrió lentamente las piernas, acariciando la parte interna de mis muslos.

Cuando estaba a punto de tocar mil labios vaginales superiores, las piernas me temblaban anticipando lo que haría.

– ¡Eres tan joven! ¡Tan tersa! –pasó un dedo justo por en medio de mis labios, dejando la sensación de calor y desesperación.

Jamás había estado tan expectante... esperando tener un alivio.

Introdujo dos dedos dentro de mis labios y restregó por toda mi intimidad mis fluidos. Estaba tan caliente, que esa simple acción estuvo a punto de hacerme estremecer en un poderoso orgasmo.

Masajeo lentamente mi clítoris, poniendo la presión adecuada para estimularme plácidamente. A los pocos segundos, explote como el Vesubio.

Vi un millón de colores, los oídos se me taparon y no escuchaba nada más que a mi propio corazón. Sentí cada espasmo que mi cuerpo daba en honor a ese orgasmo tan devastador.

–Eso fue increíble –logre articular.

– Desgraciadamente, no puedo llevar todo el crédito –dijo mirándome fijamente, como si fuera un depredador.

– ¿A qué te refieres? –pregunte un poco desorientada.

Aún estaba bajo los efectos del orgasmo y mi mente no procesaba de la forma adecuada.

– No lo tomes a mal, por el contrario, pero es que darte placer es fácil –sonrió achicando los ojos y viendo mi cuerpo desnudo desde su posición privilegiada: en medio de mis piernas.

– Supongo que es un cumplido –pensé en voz alta.

– En todo su esplendor –contestó

pasando un dedo por mi parte sensible—. Y ahora, viene lo mejor.

Gateó sobre mí, hasta que quedamos a la misma altura.

– Te voy a hacer gritar – prometió.

Yo sonreí y me prepare mentalmente para lo que vendría.

Con una mano, condujo su miembro hasta mi abertura y con facilidad entro en mí.

Hasta ese momento no tenía idea lo bien que pudiera sentirse dejar entrar a alguien.

Quede enajenada en ese momento.

La sensación más placentera que he

tenido es descubrir que el sexo podía ser tal y como me lo había imaginado años atrás.

Comenzó a moverse: dentro fuera.

Yo temblaba, aún disfrutaba de los vestigios del orgasmo anterior, cuando otro me atacó. Esta vez las sensaciones fueron menos tortuosas, pero mentalmente entre en el mismo estado.

Recuerdo perfectamente como la luna bañaba parte del rostro de Santiago y como él estaba cubierto de una capa ligera de sudor.

Aruñe su espalda.

Puse los pies sobre sus caderas, dejando que se metiera un poco más

sobre mí; dejando que me llenara completamente.

– ¡Házmelo! –ordene.

Esta vez no lo susurre, no lo suplique, lo ordene.

Sentí como una adrenalina, diferente a lo que jamás sentí, surgió poco a poco, llenándome de un sentido desesperado de querer tener a Santiago, de querer hacerlo mío.

De una forma retorcida, yo quería que tener sexo representara que yo era la dueña de él.

Delire una y mil veces.

Comencé a moverme al compás de mi amante.

– Me toca –informe, rondando, haciendo que él quedara debajo de mí.

Una vez arriba, lo cabalgue lo más salvaje que pude.

Sabía que tenía esposa, pero justo ahora, su cuerpo me pertenecía, no me interesaba su mente, no me interesaba sus votos de matrimonio, no me interesaba otra cosa más que su cuerpo; el cuerpo que me estaba dando ese placer que tanto había anhelado.

Mis pechos rebotaban.

Sentía como mi trasero chocaba con sus piernas.

Todas estas sensaciones me cegaron.

Cuando llegue a mi siguiente orgasmo,

lo cual no fue tan pronto como los anteriores, me sentía realizada.

Estaba dentro de lo que prometía ser una epifanía.

A pesar de que mi cabeza giraba y que Santiago aún hacía que mi cuerpo subiera y bajara, poniendo sus manos en mi trasero; yo sabía que ya no estaba dentro de mi cuerpo.

Una vez él terminó dentro de mí, volví a la vida.

Me acosté junto a él, tratando de recuperar el control sobre mi cuerpo.

– Ahora a mí me corresponde decir que fue increíble –dijo entrecortado por el cansancio.

– Ya lo creo... –respondí de la misma manera.

Estaba agotada, pero justo en el momento en el que él había terminado dentro de mí, tuve la epifanía: ¡adoraba el sexo!

¿Quería más que sólo sexo? Definitivamente no.

Si algo había aprendido viendo las relaciones sentimentales de otras personas, es que la vida sin sentimientos era mejor, y que si podía evitarlos... lo haría.

El sexo era increíble, y ahora lo sabía, y no dejaría que las tontas emociones llenaran de basura, lo que yo creía que

sería unas noches/tardes/mañanas de sexo, donde lo único que importara sería las sensaciones.

Después de esa asombrosa noche con Santiago, vinieron muchas más. Se convirtió mi amante predilecto, durante más o menos un año, únicamente tenía sexo con él.

Con el tiempo me di cuenta de que la razón del por qué yo sólo tenía sexo con Santiago era simple: dentro de mí, algo pensaba que sólo con él podría disfrutar del sexo tal y como lo había disfrutado de esa segunda primera vez.

Capítulo v

El gusto está en la diversidad

Justo después de un año de haber comenzado a trabajar para la constructora en la que conocí a Santiago, el trabajo terminó, y no me renovaron el contrato.

Los chismes se habían extendido por todo el lugar y me comenzaron a tildar de “fácil” “puta”, entre otros adjetivos. Debido a esos chismes, la empresa no renovó el contrato conmigo y toco probar suerte en otras constructoras.

De esa forma fue que dejé de ver a

Santiago.

Un día, mi último día de trabajo, él estaba en su oficina, esperándome. Al principio creí que era una de esas tantas veces que me había mandado a traer para que fornicáramos como dos locos, pero no.

Con Santiago, fuera del trabajo, sólo nos dedicábamos a coger como si la vida se acabara, lo hacíamos al menos dos veces al día. Lo hacíamos en la oficina de él, en las casas en construcción, en los baños portátiles que la empresa nos ponía; en fin, en todas las partes posibles, y en todas las posiciones que se nos ocurrieran, mi favorita era cuando lo hacíamos en la

oficina y hacía ponerme de espaldas a él y me daba duro contra su pequeño escritorio, mis pechos revotaban contra la madera, eso me fascinaba.

El problema es que en esa ocasión no era como las otras.

Me dijo muy seriamente que la empresa presidía de mis servicios y que desde ese mismo día no era necesario que estuviera dentro de las instalaciones. Fue tan frío... no me miró ni si quiera una sola vez.

Al principio no supe cómo reaccionar, de verdad que no. Mi mente estaba confusa, pero de algún lado saque coraje.

Me incline sobre su escritorio, como tanto le gustaba. Mi busto sobrepasaba la línea del escote, amenazando con que alguna de mis tetas se saldría de esa camisa de botones que llevaba puesta.

—Espero que hayas disfrutado del sexo que tuvimos ayer, sobre este escritorio, porque en lo personal, yo sí lo hice. Me encantó como me dabas contra este pedazo de madera —pase mi mano sobre la superficie. Santiago aún no me dirigía la mirada—. Este año fue increíble. Tuve el mejor sexo de mi vida, hasta ahora, claro está. Pero ¿sabes? Es una pena que seas un puto cobarde.

Me levante tranquilamente.

—Creo que es lo mejor para ambos —

seguí—. Estancarme contigo ha sido un error. Un gran error. Habiendo tantos hombres allá afuera... no sé en qué pensaba, pero gracias por hacerme este favor y tratarme como una basura inservible.

No me miró en ningún momento.

Yo no estaba enamorada de él, pero había llegado creer que si algún día sucedía esto, él, al menos tendría la delicadeza de verme a los ojos, pero no lo hizo.

Me fui de allí con un mal sabor de boca.

Mi primer verdadero amante me había dejado como si fuera un objeto dañado

al que debía tirar a la basura.

Esto no tenía nada que ver con mis sentimientos, tenía que ver con mi orgullo herido.

Sólo era sexo, de eso estaba segura, no me sentía mal por eso. No, no era eso. El motivo de mi sentir, era simplemente porque yo era su compañera de trabajo, yo había sido la que por mucho tiempo le había ayudado a él idear nuevas formas de seguir con los proyectos que nos pedían, elaborar planos, y ver que materiales serían los mejores. Pero nada de eso importó. Para él sólo era la chica con la que tenía sexo.

Ahí fue cuando aprendí otra lección importante: **NUNCA TE INVOLUCRES**

CON PERSONAS DE TU TRABAJO.

Bajo ningún concepto debes hacerlo.

Ese día llegue a mi casa, con la cabeza en todas partes, pensando en cómo me afectaría ya no tener un trabajo.

Abandone el tema de Santiago, porque si a él no le había importado lo suficiente para decírmelo viéndome a los ojos, a mí no me interesaría nada de él.

Me preocupaba más la idea de ya no poder pagar la renta, de tenerme que mudar nuevamente con mis padres. Realmente esta afligida por todos los gastos que aún tenía que hacer.

En la empresa me había dado la

indemnización que por ley me correspondía, pero no era mucho ¡¿Cómo podía ser de otra forma si yo sólo había trabajado ahí durante un año?!

Me acosté en mi habitación y me quede durante una hora viendo hacía en encielado.

Cuando mis pensamientos se calmaron, me recrimine pensar tanto en tantas cosas. La solución para mi mente perturbada era simple: SEXO y del bueno.

¿Pero cómo haría para conseguir a un nuevo amante?

A veces en la simpleza de los actos

está el disfrute de la vida, y eso es lo que determine.

Haría lo que todas y todos los casamenteros hacen: ir a un bar, discoteca o lo que fuera y conseguiría a alguien.

Comenzaba a ponerme caliente y hace mucho no me auto-complacía, y no iría nuevamente por ese camino. Eso estaba bien para cuando pensaba que era fea y los hombres no me deseaban, pero ahora que era un “bombón”, no lo iba a hacer.

Me levante de mi muida cama y me fui directo al baño, donde me arregle como antes no lo había hecho.

Normalmente no me tenía que arreglar

tanto para el trabajo; un jeans ajustado, una camisa de botones manga larga y las botas para construcciones, eran suficientes. Me veía estupenda vestida de esa forma, pero no iría de esa manera a una discoteca, por lo que me puse un vestido que había comprado simplemente por las ganas de verme sexy.

Era un vestido blanco, con un escote de infarto. Se amarraba en la nuca y caía con un escote en “v” hasta un poco antes del ombligo. Se ajustaba en las caderas y la espalda era descubierta. Me llegaba a la mitad del muslo.

Lo diré claramente, parecía una puta, pero no me importaba más que la

sensación de mirarme al espejo y quererme desnudar. Si yo sentía eso... los hombres ardería y pelearía unos con otros para despojarme de esa corta prenda.

Me puse unos tacones de plataforma de color piel.

Por las razones evidentes, obvie usar ropa interior, además, eso me hacía estar más excitada. La idea de que se me saliera un pecho y todos me vieran... revolucionaba mis hormonas

Me había maquillado mínimamente y me recogí en un moño el cabello, dejando sólo unos cuantos cabellos sueltos.

Me fui a un bar.

Al llegar a ese lugar, estaba repleto, era uno de esos lugares de moda que frecuentan los universitarios, que eran los únicos que podían desperdiciar una noche y luego reponer el sueño en la mañana sin necesidad de tener que levantarse todos los días a cumplir con las obligaciones de un trabajo.

A pesar de que yo ya estaba mayor que la mayoría de ahí, me sentí como si tuviera su edad.

Cuando entre, muchos hombres se me quedaron viendo fijamente, de pies a cabeza.

Mis pechos estaba duros con sólo

pensar en la idea que sería la primera vez que me acostaría con un lindo universitario, y sí, Rodrigo no contaba, él no cuenta casi nada en lo que pienso. Únicamente me acuerdo de él porque realmente fue mi desastrosa primera vez.

Me senté en la barra, paciente, esperando a que alguno de los que me había volteado a ver, viniera por mí.

Pedí una copa de coñac.

Debía verme un poco interesante y por eso me tuve que pasarme esa bebida que no me gustó ni un poco.

No llevaba ni cinco minutos, cuando se me acercó un hombre de unos 21 años

de edad, moreno, con el cabello oscuro, ojos penetrantes de color azul, con cuerpo de atlético a musculoso. Simplemente un hombre guapo.

– ¿Te puedo acompañar mientras tu cita viene? –preguntó educadamente.

– Claro que me puedes acompañar – dije con tono seductor–, pero te advierto que no vendrá ninguna pareja –le guiñe un ojo.

– Mejor, te acompañaré toda la noche –dijo sonriendo.

Tome un trago de coñac.

– ¿Cómo te llamas, preciosa? – preguntó sentándose junto a mí.

– ..., pero todos me llaman S –le dije.

– Bonito nombre, pero ¿Por qué sólo la letra? –mostró una verdadera curiosidad, aunque la mayoría lo hacía. No es como si todo el tiempo vieras a mujeres que les dicen sólo la primera letra de su nombre.

– Es porque con esa letra comienza la actividad que más me gusta, y obviamente también mi nombre –le dije mordiéndome el labio inferior.

Se movió inquieto y observe como sin querer se ajustaba el pantalón.

– ¿Y qué actividad es esa? –dijo en un hilo de voz.

– ¿Quieres averiguar? –le susurre en el oído.

Me aleje para ver su rostro y él estaba petrificado, pero le pasó pronto y asintió lentamente.

– Acompañame –le tome de la mano y antes de guiarlo hasta la salida, me termine el coñac, necesitaba un poco más de valor, porque lo que a continuación haría... Necesitaba dejar de pensar.

Lo hale por todo el lugar hasta que salimos del bar.

– ¿Qué edad tienes? –me detuve a preguntarle una vez que el ruido del local no era tan fuerte.

– Tengo 21 años –dijo sonriendo–, y me llamo...

– Sin nombres –lo corte.

Yo no le había dado mi nombre verdadero, no necesitaba dárselo. Le había dicho otro nombre que comienza con S, pero mi nombre no era ese.

Debía irme con cuidado.

Lo guie hasta un callejón que se encontraba cerca del bar.

Una vez estábamos casi en la total oscuridad de la noche, lo empuje hasta una de las paredes y lo bese.

Quería olvidarme de todo y el sexo lo haría, era lo único que me calmaba y me llenaba. No había nada más para mí y aún no lo hay.

– ¡Házmelo! –le pedí, más como una

orden que como una petición. Esa palabra se había convertido en un afrodisiaco para mí, cada vez que la repetía me ponía más a tono.

– Sí –contestó entusiasta.

– ¿Andas protección? –pregunte agitada.

– Siempre, preciosa, siempre.

Con Santiago nunca usaba condón porque no creía que él tuviera alguna enfermedad venérea y yo tomaba la píldora anticonceptiva desde que me opere de los senos.

Además hice una promesa de hacerme un examen cada seis meses, y en el último que me había realizado no había

salido nada.

Si algo me aterraba del sexo era el hecho de poderme contagiar con alguna enfermedad, siempre he pensado que el menor de los males es un embarazo.

Él sacó un sobre de platinado y lo puso en su mano.

Lo mire e intuí que habíamos perdido un poco el calor que nos dominaba hace algunos segundos, por lo que decidí atacar su boca nuevamente.

Nos besábamos como si en ello se nos fuera la vida. Yo lo necesitaba en serio.

Necesitaba ese contacto con el cielo y el infierno, porque eso significa para mí tener relaciones sexuales; es alcanzar lo

mejor y lo peor de mí.

Él me dio la vuelta, arrinconándome a la pared.

Subí mis piernas a la altura de su cadera y lo rodee con ellas. Debía sostenerme y a la vez proporcionarnos una mejor posición.

El vestido se me subió hasta la cintura, dejándome desnuda de la cintura para abajo.

Cualquiera que pasara por el callejón rápidamente se daría cuenta de lo que nos encontrábamos haciendo, y eso me excitaba cada vez más.

Yo era voyerista, eso debía de admitirlo, pero es que la sensación de

ser descubierta... es increíble; te domina y te hace pensar que si alguien te descubre, lejos de molestarse o resultarle grotesco, lo calentarás y querrá ser ese con el que estas.

Como se llamará, deslizó una mano por todo mi escote y saco mis tetas.

Estaba más que preparada para ser investida en ese mismo instante y él lo vio.

Se puso rápidamente el preservativo y luego posó ambas manos en mi trasero, levantándome, me envistió, penetrándome duramente.

Gemí. Gemí fuerte.

Mis sentidos se habían vuelto locos, y

sabía que más era por el simple hecho de estarlo haciendo en público y que me podían descubrir; que por el hecho de realmente estar teniendo sexo.

Saltaba impulsándome con mis piernas clavadas en la cadera de él.

Él, capturo un pecho mío en su boca y lo saboreo deliciosamente. En ese mismo instante, explota.

Todo se derrumbó para mí. Miles de estrellas llenaron mi visión y pude sentir como su largo y un poco delgado pené, llenaba mi vagina, y como con cada espasmo de mis músculos pélvicos lo sentía más dentro de mí.

Mis fluidos comenzaron a llenarme las

piernas, mientras el orgasmo se prolongaba más y llegó a una cúspide más cuando observe que había movimiento al otro lado del callejón. Pudiera haber sido un gato, una rata, un perro o una persona. En mi mente, era un hombre, observándonos y disfrutándolo.

Olvide todo, olvide quien era, mi nombre, con quien estaba... todo, lo olvide todo, sólo me quede con mis sensaciones y lo que mi cuerpo estaba experimentando con lo que estaba haciendo él.

Me sostuve del cuello de él para poder bajar los pies al suelo.

–¿Qué pasa? –preguntó él, alterado.

– Lo haré mejor para ti –le respondí poniéndome de espaldas a él y colocando mis pechos un poco pegados a la pared.

– ¿Está segura de esta posición? ¿no te rasguñarás? –preguntó.

– No –le dije mientras con mi mano comencé a masturbar su pené y a guiarlo a mi entrada.

Subí una pierna a uno de los recipientes de basura, para darle mejor alcance a su miembro.

Comenzó a investirme nuevamente, haciendo que su pelvis chocara contra mi trasero, y que mis pechos se rozaran contra la áspera pared.

Si algo siempre me había parecido increíblemente estimulante de las construcciones, era el hecho de sentirme que estaba siendo dominada por mis deseos primitivos, que estaba, en cierta forma, dejándome llevar por lo que una vez fuimos: sólo deseo.

Él me hizo poner la cara pegada a la pared y comenzó a descargarse sobre mí, quitándose el condón y dejando su semen sobre mi trasero.

Me mantuvo inmovilizada durante su propio orgasmo.

Había sido más rápido de lo que estaba acostumbrada con Santiago, claro, no tanto como con Rodrigo, pero definitivamente no había durado ni diez

minutos.

Honestamente, no importó. Yo me encontraba mucho mejor ahora, mi tensión había desaparecido y ya no sentía ese molesto deseo de tener sexo. Lo había hecho con un desconocido, en un lugar público donde cualquiera nos podía ver, vestida como una cualquiera y siendo una... todas estas ideas giraban en mi cabeza y hacían que obviara la idea del tiempo.

No interesaba si habían sido cinco, diez, o treinta minutos, lo había disfrutado como una loca, y eso era lo único importante.

El tipo regó con una mano su semen por todo mi raja y pellizco mi pezón

derecho.

– Puedo decir que es una de las mejores folladas que he hecho en mi vida –dijo besando mi cuello.

– Ya lo creo –respondí segura de que también lo era para mí.

– Me hubiera gustado venirme dentro de ti –susurró en mi oído–, pero no era lo mejor para ninguno de los dos –apretó un poco más mi pecho haciéndome gemir.

No conteste, me quede callada, disfrutando de la aventura que seguía en aquel juego de poder.

Conozco bien cuando un hombre quiere jugar a que le perteneces, y

comienza exactamente de esa forma: haciendo creer que tu cuerpo le pertenece y que sólo él lo puede tocar. Obviamente, este juego se lleva a cabo con sutilezas, como la de venirse dentro de ti por puro placer para ellos, o la restriega por tu cuerpo después del sexo o antes de este, y son fáciles de reconocer, porque no son como las caricias normales o caricias para ponerte a tono, son diferentes; posesivas.

Me salió una exhalación entrecortada y él se volvió a empalmar.

Metió su pené entre mis nalgas y comenzó a pasarlo por todo mi trasero, masturbándose con él.

Era la primera vez que yo hacía algo como eso, nunca nadie se había masturbado con mi trasero. Debo reconocer que ya lo había hecho Santiago con mis pechos, pero jamás con mi trasero; sí, de vez en cuando me lo acariciaba y demás, pero nunca pasó más.

Me sentí el objeto sexual de un hombre y me gustó, me gustaba esa sensación.

Tomó mis pechos con sus manos y los estrujo, pellizcando mis pezones y pasando su pulgar por toda mi aureola.

Yo estaba perdida, a punto de tener mi segundo orgasmo.

Bajó una mano hasta mi clítoris,

poniendo sólo un dedo en ese pequeño nudo. Inició con un lento movimiento y luego siguió más rápido, llevándome a mi segundo orgasmo violento.

Él siguió masturbándose y masturbándome. Yo no aguantaba más, necesitaba una tregua por su parte. El orgasmo se prolongaba mucho y mi cuerpo cedía poco a poco, llevándome a un lugar oscuro donde no me podía contener.

Mis fluidos caían por mis piernas y estaba segura que me costaría recomponerme de ese orgasmo.

No tenía noción del tiempo, la perdí en el momento en el que él continuó dándome ese explosivo placer.

Puse las manos en la pared para evitar caerme, pero él me las quito con la mano que tenía libre. Pegó mi cara a la pared y su brazo estaba debajo de mis pechos sosteniéndome y evitando agarrarme de la pared.

– ¡Ya no puedo! –dije adolorida.

– Podrás –aseguro él.

Trate de moverme hacia delante para poder salir de esa mágica y tortuosa caricia, pero él me lo impidió.

Se había convertido en algo salvaje, y ya no sabía si me gustaba o no, hasta que de mi orgasmo, surgió otra cúspide que podría decirse que era otro orgasmo, o la magnificación del que ya tenía. Fue

hasta ese momento, en el que grite como una desquiciada, que él dejó de frotarse en mí y dejó de frotarme a mí.

Expulso su semen nuevamente en mi trasero.

Ambos descansamos.

Tenía las piernas débiles y seguro que ya no aguantaba los tacones, pero logre sostenerme.

Él estaba con la cabeza pegada a mi espalda.

Era mi momento de tratar de recomponerme e irme, porque si me quedaba o hacía algo para volverlo a encontrar... algo me decía que caería en el mismo círculo que estuve con

Santiago.

Podría ser un hombre casado, o con novia, y prefería esta vez, no saberlo.

Me arregle el vestido lo mejor que pude y trate de no sentir la incomodidad de nuestro fluidos en mis piernas.

Pensé en eso: al final siempre es la mujer la que se nota que ha follado. Un hombre no tiene por qué aguantar los fluidos, no, no lo hacen. Es la mujer la que siente todo eso, y quizás eso hacía sentir mal a algunas mujeres, pero a mí me concedió un poco de placer.

Me sentí toda una mujer realizada.

Toda una hembra, y sí, digo hembra porque así se le dice a las féminas del

reino animal, y justo de esa manera me sentí; como una hembra.

– Gracias por esto, lo necesitaba –le dije una vez considere que estaba medianamente más arreglada.

– A ti. ¿Cómo te contacto? –preguntó cerrando el cierre de su pantalón.

Él nunca se quitó nada de su ropa, sólo había sacado su miembro.

– El destino ya dirá –respondí guiñándole un ojo.

Salí del callejón y pare un taxi.

Ese día, jamás en mi vida lo olvidaré. Pasó mucho como para poder si quiera creer que lo puedo olvidar.

Santiago me hizo un favor, me abrió las puertas al mundo de las alternativas, y no sólo de las personas, sino también de las formas.

De ese día en adelante, me dedique a salir con diferentes clases de hombre, tanto físicamente como en gustos sexuales, y cada una de esas aventuras las disfrute y mucho, así que sí, le debo un gracias a Santiago.

Capítulo vi

¡Dáselo!

Dos veces a la semana acostumbro a ir a diferentes bares. Hay tres a los que concurre bastante; el primero de ellos es al que fui por primera vez, otro es un bar “deportivo”, donde la mayoría de hombres son casados o están bastantes maduros como para saber qué hacer con una mujer, y el tercero es un bar/discoteca, donde sin importar la edad, van personas a las que les gusta divertirse bailando con sonidos y luces estrambóticas.

En realidad, creo que jamás me

imagine cuanto iba a disfrutar el sexo. Tenían expectativas altas, sí, pero nunca pensé que podría escoger al más guapo de todos, que podría decidir dejarme dominar o ser dominante. Y eso, en parte, se lo debo a Santiago, porque sin él, no hubiera descubierto los alcances que podía tener como una potencial pareja sexual.

Además, me di cuenta que algo que me atraía mucho de los hombres era el poder.

Tras haberme prometido que jamás me acostaría con alguien de trabajo, decidí hacer una excepción cuando llegue a mi entrevista de trabajo. Había pasado por unas diez entrevistas en diferentes

lugares, incluso me había tenido que conseguir una compañera de departamento.

Yo estaba preocupada, pero no fue eso lo que me llevó a acostarme con el de recursos humanos de la empresa donde actualmente trabajo.

Llegué a esa entrevista vestida con un suéter de color jade de botones, lo llevaba abierto; adentro, tenía puesto una camisa blanca de manga larga de botones; llevaba un pantalón negro ajustado, además complete el conjunto con unos tacones de aguja negros. Desde hace mucho tiempo, había dejado de usar ropa interior; sí, tenía algunas cuantas bragas y unos cuantos sostenes,

pero la mayoría del tiempo me gustaba dejar que los hombres vieran cuando me ponía caliente a través de mis erectos pezones.

¡Para qué negarlo! Me gusta sentirme como una PUTA, con la diferencia que a mí no me pagaban y yo decidía con quien. Y quizás pensarán que es una tontería no cobrar con la cantidad de veces que tenía sexo sólo en un mes, pero no. si yo hubiera decidido ser una puta de profesión, habría tenido que obligar a mí cuerpo a tener sexo aun cuando yo no quisiera, y eso es algo que no me permitiría. El sexo es para disfrutarlo, no para torturarse.

Volviendo a lo de la entrevista... Me

había vestido lo más formal que había podido.

Al entrar en esa oficina tan común y corriente en la que me estaba esperando uno de los de recursos humanos para entrevistarme, me fijé en quién lo iba a hacer.

El tipo, que tiempo después me he enterado que se llama Guillermo, era un hombre bastante normal. De 35 a 40 años de edad, moreno, de cabello oscuro al igual que sus ojos, de anchos hombros pero con estómago, no era grande sin embargo. En sumas cuenta, un tipo promedio.

Él se fijó en mí también, me miró de pies a cabeza, deteniéndose un poco en

mis pechos.

Supe desde ese instante que debía obtener ese empleo y la forma en que lo podía hacer.

– Buenos días –salude y extendí mi mano.

– Buenos días –sonrió seductoramente, aunque debo admitir que no le salió tan bien como a otros hombres que había conocido—. Me imagino que usted es la señorita... ¿verdad? –preguntó sosteniendo mi mano con la suya.

– Así es –respondí.

– Era de imaginarse, es la única mujer que aplicó para el puesto, claro, no es que existan muchas mujeres que sean

ingenieras... –comenzó a parlotear nervioso.

– Sí, bueno quizás es porque hay personas que siguen viviendo en el machismo –comente a forma de broma.

– Me imagino lo duro que ha de ser para ti sobrevivir a este mundo lleno de personas que no creen que una mujer es capaz de trabajar en una construcción, dirigiendo a un montón de hombres –se levantó y se sentó en su escritorio, enfrente de mí.

– De hecho, lo fue –dije poniendo mis brazos alrededor de mi tórax, elevando más mis pechos y dejando verlos a través de la camisa.

– ¿Y qué estarías dispuesta a hacer para conseguir este trabajo? –preguntó sin rodeos.

– Lo que sea necesario –respondí pasando una mano por su pierna hasta casi llegar a su miembro, pero luego retrocedí.

– Entonces... –se levantó y se puso al lado mío— ¿Qué te parece si comentamos un poco sobre tu entusiasmo por el trabajo?

Puso su mano en mi pecho derecho y me besó el lóbulo.

– Desnudate, lentamente –ordenó alejándose.

Me levante de mi asiento de la forma

más sexy que se me ocurrió.

Me quite el suéter primero y lo dejé en donde estaba sentada. Seguí con mi camisa, pero en lugar de desabotonarla de arriba hacia abajo, lo hice de abajo hacia arriba.

Iba pausadamente, moviendo un poco las caderas.

Cuando llegue al último botón, lo dejé puesto y en cambio, decidí desabotonar el pantalón.

Baje el cierre del pantalón y me lo quité lentamente, quedándome sólo con la camisa ya que hoy como en tantas ocasiones, no llevaba nada debajo.

Pase mis manos por las caderas y subí

hasta llegar a ese último botón que evitaba que estuviera desnuda del todo, y luego, lo quité.

Mis pechos saltaron de la camisa rápidamente ya que los dos estaban oprimidos debajo de la tela, gracias a que la camisa era una talla menor a la que debería usar.

Una vez estaba desnuda, él me miró de pies a cabeza y luego se pasó el dedo gordo por el labio inferior.

Vi el bulto que se formaba en su pantalón, era grande, y eso me motivo más.

Me imagine, que así como otros hombres con los que antes había estado,

era casado, con su edad difícilmente no lo estaría. Siempre ha llamado la atención lo prohibido y entre más prohibido este, entre menos moral sea, es mejor para mí.

–De rodillas –dijo sin titubear.

Me arrodillé y él se quitó el cinturón y me lo puso debajo de los senos, apretando mi cintura y resaltando más mis pechos. Luego se desabotono el pantalón y se bajó el cierre. Aun con los pantalones puestos, se sacó su falo.

– De esto depende tu trabajo, así que más vale que superes a todos esos hombres que tienen un mejor currículum que el tuyo, que tienen años de experiencia y a los que seguramente los

obreros seguirían como su jefe –
sentencio.

Me sentí usada, degradada, entre otras cosas; sin embargo, eso provocó que en mi interior se creara un fuego ardiente, capaz de pulverizarme ahí mismo.

Temblorosa me acerque a él y tome su pené con adoración.

Había hecho antes felaciones, sobre todo a Santiago. Me encantaba el miembro de Santiago, y por eso siempre me decía que lo hacía bien, porque me gustaba complacerlo porque así encontraba mi placer.

Pero el pené de este desconocido... no me impulsaba a hacer lo mismo que el

de Santiago. Las sensaciones eran distintas. Con Santiago quería complacerlo a él y hacía lo que él quería, pero con el de recursos humanos... quería hacer lo que yo quería.

No era un hombre, pero me imaginaba siempre que es lo que a ellos les excitaba y estaba dispuesta a ponerlo en práctica.

Puse mi boca en la punta de su pené y me entretuve ahí un rato, haciendo que él se acostumbrara al calor de mi boca. Sentí unas ligeras vibraciones, así que continué.

Desplacé una mano hasta la base de su falo y apreté un poco, lo justo para que

no se viniera hasta que yo lo decidiera, o al menos eso había leído en algún lado.

Con la otra mano, comencé a masturbarlo, mientras que mi boca abarca todo lo que podía y succionaba todo ese miembro delicioso.

Seguí con mi tarea, entusiasmada y totalmente comprometida. Por un momento, iba lentamente y otras ocasiones, ponía todo mi empeño. Pasaba mi lengua por toda su longitud, como si se tratara de una paleta. Apretaba más fuerte su base con tal de no hacer que se viniera.

Cada vez sentía más cerca su orgasmo, y pensaba bañarme con toda esa leche.

– Basta –me dijo apartando mi cara de su miembro.

Le pegó una de mis senos y yo chillé, no por el dolor, sino porque había tenido un pequeño y brutal orgasmo.

Hace unos días había conocido la verdad del porque yo alcanzaba los orgasmos con sólo unos toques, y era por el simple hecho que mi mente era más sucia y perversa que la del común denominador de mujeres. Todas ellas no se ponen a pensar en el sexo, en lo sucio e increíble que puede ser, pero yo lo hago, y por esa razón es que no me cuesta tenerlos.

– Levantate –dijo tomando el cinturón que estaba enrollado en mi cintura y

apretando un poco más el objeto.

Sentí como mis pechos se erguían más.

Me levante y él me tiró hacia el escritorio y acomodó mis piernas para que estuviera lo más abierta posible.

– Me encanta cuando las mujeres se excitan –dijo–. Hasta el aroma de una habitación cambia.

Olió mi sexo y pude notar como lo disfrutaba.

Quizás yo no era la única degenerada en la habitación, de eso estaba segura.

Metió dos dedos de una sola vez en mi vagina, sin previo aviso. Debo admitir que me dolió, pero me gustaba ese dolor.

– Callada –me reprendió cuando solté un alarido.

Asentí con la cabeza.

Comenzó a sacar y meter los dedos rápidamente, yo estaba hipnotizada con su mano, que salía y entraba dentro de mi campo de visión.

Metió un tercer dedo y bajo su cabeza para poder lamer y succionar mi clítoris sin consideración.

Agarre el borde del escritorio fuertemente y trate de resistir las ganas de cerrar las piernas cuando el orgasmo me atacó. Aluciné ese instante. Estaba perdida. Toque las estrellas y las pude apreciar.

Siguió sin ninguna compasión, atacando mi sexo.

– Quiero que ruegues para que pare – dijo enojado, separándose un poco de mí–. ¡Quiero más de ti!

Sus dedos dentro de mí, encontraron mi punto “g” y él lo supo. Atacó indiscriminadamente mi interior y llegue a mi segundo orgasmo. Esta vez no pude dejar mis piernas abiertas y las cerré presionando, sin querer, su cabeza en mi clítoris.

Creí que moriría en ese instante, ya que no veía; todo era oscuro aunque tenía los ojos abiertos. La voz no me salía aunque estaba segura que estaba tratando de gritar. Temblaba y no

escuchaba nada, ni siquiera mi corazón.

Él paró.

Cansada, me desparrame completamente.

— Ahora viene lo mejor —dijo maliciosamente.

— No —grite asustada—, no creo aguantar.

Realmente estaba asustada.

Todavía no podía ver bien, no enfocaba del todo. Era como estar viendo una foto tomada con una cámara de bajo pixelaje.

Los oídos me zumbaban.

Y sobre todo, no podía mover casi los

músculos.

Lejos de ser un buen orgasmo... se convirtió en mi peor orgasmo. No sabía cómo eso había ocurrido, pero lo había logrado, había hecho de esto una mala experiencia.

– ¿Quieres el trabajo? –preguntó molesto.

–Claro –tartamudee insegura.

–Entonces podrás –aseguro y luego, de una sola estocada, metió en mí, su erecto pené.

Sentí como se me hubieran metido una espada en llamas y no pude evitar gritar. Él me pegó una bofetada.

– Callada –dijo con la mandíbula

apretada.

Estaba segura que esto era lo más cerca que podría estar de una violación, aunque fuera consentida, mi cuerpo sentí como si lo estuvieran violando, pero eso hizo que me humedeciera en sobremanera.

No sabía cómo, mi mente estaba confundida, realmente confundida, pero por lo visto mi cuerpo no.

Mi teoría sobre el por qué tenía rápidamente orgasmos estaba a punto de ser derrumbada.

No era yo, era mi cuerpo.

Me dejé llevar por las sensaciones, no tenía de otra.

Y luego vino a mí una idea: ¡Quería ser violada por este hombre! ¡Quería dejar que me manipulara a su antojo!

Él froto fuertemente mi clítoris y llegue a un tercer orgasmo, igual de devastador que el anterior.

Pero esta vez, me desmaye.

Cuando me desperté, tenía su pené en mi boca, estaba dejando todo ese semen caliente en mi garganta, ya que lo tenía tan dentro de mi boca que me provocaba ahorcadas.

No sabía que había sucedido conmigo en todo ese tiempo, y una sensación de pánico me embargo.

Trague rápidamente y trate de no

ahogarme.

Una vez terminó de descargarse en mí, apretó mi cuello y dijo:

– El trabajo es tuyo, perra –y me escupió en la cara.

Temblaba completamente y me dolía todo.

¡Realmente había sido violada!

Y no me gustaba, para nada me gustaba.

Me caí al suelo cuando me intenté levantarme.

Trate de recoger mi ropa, pero mis músculos no tenían fuerza.

– Espero que te guste lo que he hecho

contigo –se ajustó la corbata y me quitó el cinturón de la cintura, luego me pegó en un pecho con el cinturón y se lo puso—. Como lo has hecho tan bien, te daré el mejor de los dos trabajos que teníamos vacantes. Además, ya sabes, cuando quieras me puedes venir a buscar –me guiño el ojo.

– Eso no fue sexo, fue violación –dije indignada.

– No es así –replicó moviendo la cabeza—. Nunca me pediste que parará, lo querías así, lo querías rudo y sin poder defenderte, el hecho de que ahora te sientas indefensa no quiere decir que fuera de otra forma. Además, ¿piensas que todos los hombres te tratarán con

respeto y te harán el amor? Eres una ilusa si piensas así –trate de hablar pero él siguió–. No puedes creer que te saldrás siempre con la tuya, que tratarás a los hombres como quieras, mientras enseñas todo tu cuerpo de esa manera. Lo siento, pero si quieres estar en este mundo, que sigue siendo machista, tendrás que aparentar ser una dama para que te traten de esa manera, o por lo menos decir cuando no quieres algo –se dio vuelta y se sentó en su escritorio.

Estaba confusa.

Realmente nunca dije que no, nunca lo detuve.

Había dicho que parara cuando me iba a meter su pené, pero no lo detuve

después de eso, lo dejé entrar en mí.

No era una violación, sólo sexo salvaje, realmente salvaje, no como esos que había visto en tantas películas porno, o ese que había experimentado con aquel chico en el callejón.

Sentí mis piernas totalmente húmedas, y estaba segura que era mía toda esa humedad.

Quizás él tenía razón y me había gustado, pero mi cerebro se había negado creerlo.

– ¿Tienes algo con que limpiarme? –
pregunte.

– Mi lengua, cariño –se burló.

– Hazlo –le dije, aunque después me di

cuenta de lo que pedía, pedía más y más.

– Me gusta tu sentido del humor –dijo levantándose de su silla y mirándome desde su altura.

Me sentí insignificante a la par de ese hombre.

Fue una sensación rara, pero me hizo darme cuenta de que tan loca estaba.

Estaba mal si pensaba dejarme tocar por ese hombre de nuevo. Estaba más que loca si quería otro orgasmo.

– Está bien –accedió–. Pero esta vez seré cuidadoso, no quiero que te vuelvas a desmayar, no es mi estilo follar con mujeres inconscientes, por suerte ya estaba a punto de terminar –explicó.

– ¿Cuánto tiempo estuve desmayada? –
me anime a preguntar.

– Ni un segundo –respondió riendo.

Abrió mis débiles piernas y poco a poco fue lamiendo todos mis jugos.

– No fue una violación ¿no? –pregunte humillada por mi comportamiento.

– No, no lo fue. Y no debes sentirte mal por querer algo que ahora se ve como malo. Querer ser objeto de un hombre no es malo –dijo sobando mi pezón cariñosamente.

– ¿Tienes novia o esposa? –pregunte en una exhalación.

No estaba excitada del todo, más bien estaba en mi nirvana personal, donde me

sentía tranquila y en paz.

– Soy divorciado, cariño. Ella no aguanto lo que tú aguantaste. Cuando le propuse tener sexo salvaje, o lo que la mayoría de las mujeres consideraría una violación... ella trató, simplemente lo hizo porque la relación estaba a punto de claudicar; pero no resistió verse sometida a mi deseo, no pudo hacerlo. Porque ¿sabes? No se trata de sumisión, se trata de como tú quieras que te traten.

Lamió un poco más, acercándose a mi vagina peligrosamente.

– ¿Y entonces por qué no me lo preguntaste a mí? –jadee.

– Porque, contigo, lo note en tus ojos,

lo note en tu entrega, en la manera en cómo me hiciste esa felación. Difícilmente te diría que sólo de esta manera vas a disfrutar del sexo – succiono mi clítoris y lo tome del cabello para que lo se alejara–, pero quizás esta será la forma en la que más disfrutarás.

– ¿Por qué? –pregunte tratando de mantenerme en mis cabales.

– Porque eres tú, porque no tienes esos prejuicios que los demás tienen, porque quizás, dentro de ti, sabes que sólo quieres follar y ser follada. Quién y cómo... no te interesa ¿o me equivoco?

Recordé todas las veces que había tenido sexo con extraños durante estos

meses... ni si quieran era iguales en algo, todos esos hombres eran distintos.

Según yo, comprendía lo que quería sobre el sexo, pero ahora mismo, estaba más confundida que cuando me masturbe por primera vez.

– Tranquila –dijo sobando mi vulva por dentro. No sabía en qué momento había metido uno de sus dedos, pero lo sacaba y se lo metía luego a la boca, tratando de succionar completamente mis jugos.

Llore en ese momento.

– Porque se siente tan mal –dije sin preguntárselo, me estaba recriminando a mí misma.

– Porque habrá muchas cosas que se sientan mal dentro de ti, pero que tu cuerpo dirá que no es así –pasó su lengua por toda mi vulva–. Pero ya sabes, siempre es bueno probar de todo, y rechaza lo que no sienta bien tu cuerpo.

– Ayúdame –pedí moqueando–. Nunca me imaginé que pediría esto, pero quiero... ser tuya –dije finalmente, pero no sabía lo que pedía.

– ¡No! –dijo levantándose.

– ¿Por qué no? –llore más.

– Ponte la ropa –ordenó y luego se fue a sentar detrás de su escritorio.

Lo hice, por él, no por mí.

Estaba tan confundida que no sabía si era yo la que estaba hablando o era otra mujer, una muy estúpida.

Sentía que años había pasado desde que entre en la oficina. Al menos a mí me había pasado mucho.

– Eres muy joven –siguió–, además, ser de alguien es un concepto que no me gusta. Tú te perteneces a ti misma, sigue con tu vida, sigue acostándote con quien quieras; disfruta de tu cuerpo, de tu belleza. Explota tu mente, y cumple tus fantasías. Sé justo lo que quieras ser. Pero –hizo una pausa dramática–, no le pertenezcas a nadie, no dejes que nadie te limite, ni la sociedad misma, eres tú y punto –aseguró.

– Nunca ha sido de otra forma –dije al instante.

– Probablemente, pero eres muy joven como para determinar que siempre has sido así. Aunque si es de esa manera, nunca dejes de serlo –respiró profundamente–. Ahora, ven el lunes a las ocho de la mañana, te presentare a todos.

Asentí lentamente.

Una vez me vestí y estuve bastante presentable me despedí.

El lunes cuando llegue, ya no lo vi. Otro sujeto me acompañó a presentarme el maestro de obra y a quien sería mi nuevo ayudante. Ahora yo era la jefa, y

tenía a todo un grupo de hombres que cumplía con las órdenes que les daba.

En la tarde, recibí una caja.

Dentro de la caja, la cual abrí una vez llegue a la casa, encontré una simple nota que decía:

Disfruta el poder. Recuerda, eres una bomba sexy que merece tener todo lo que tu cuerpo quiera. ¡Dáselo!

Capítulo vii

De mujer a mujer

Como había decidido hacerle caso a Guillermo, el de recursos humanos, quise ponerme a experimentar todo lo que mi cuerpo pidiera.

Pasó un mes desde que Guillermo me torturó con lo que yo denomino ahora mi más grandioso/espantoso sexo, pero debía seguir adelante, tanto física como mentalmente. Había llegado a un acuerdo con mi cerebro: haría lo que fuera para cumplir con mis deseos carnales y no podría pensar que lo que estaba haciendo era malo o bueno,

simplemente sería lo que necesitará.

Así que, después de haber dejado de frecuentar los bares a los que iba, decidí hacer algo un poco distinto.

¡Quería tener una relación lésbica!

Rememorando todo ese tiempo que estuve viendo películas triple x; por curiosidad había visto bastante sexo lésbico, aunque yo sabía que no me gustaban las mujeres, lo hacía por la razón por la cual la mayoría de las mujeres llegan a sentir deseos de tener sexo con otra mujer: creemos que ellas entenderán cómo complacernos. Algunas incluso, se hacen bisexuales por esa simple razón. Yo en cambio, sólo quería probar que se sentía, era

más una cosa de curiosidad...

Así que me arregle lo mejor que pude, sabía que competiría con un montón de mujeres hermosas y sexys, porque en mi opinión, hay más mujeres bonitas que hombres guapos, sino, miren a su alrededor; de cualquier forma, tenía que destacar dentro de todas ellas y llevarme a la que sería un excelente partido.

Aún no sabía hasta donde quería llegar; si sólo dejarme hacer lo que ella quisiera, o también ayudar a que esa mujer sintiera cosas.

Llevaba puesta una camisa muy corta que apenas cubría mis pechos y unos vaqueros ajustados. Todo mi abdomen

estaba completamente descubierto ya que la pretina del pantalón me quedaba justo en la ingle.

Cuando entre al lugar, me sorprendí por la cantidad de chicas que había, algunas iban muy guapas y otras parecían que querían imitar a los hombres.

No es que tuviera algo en contra de las mujeres que querían verse como hombres, pero no me llamaban la atención en lo absoluto. Si iba a hacer algo con una mujer, prefería que fuera femenina.

Fui directo a la pista de baile donde muchas mujeres ya estaban bailando unas pegadas con otras.

Comencé a menear las caderas de un lado a otro al ritmo de boy's de Britney Spears. Quizás no era la canción más apropiada para el local, pero era de las canciones que yo consideraba más sexys en mi época de adolescente.

Me gustaba como todas nos movíamos sexy. Me sentí una de esas mujeres. Era libre de hacer lo que quisiera.

Una chica ardiente, vestida con un minivestido celeste, ajustado a su esbelta figura se me acercó y comenzamos a bailar muy juntas, rozando nuestros cuerpos y disfrutando de las sensaciones que teníamos.

Estaba segura de que se me había subido la camisa un poco y se me

comenzaba a ver el borde de mis senos, pero me sentía tan bien al liberarme de esta manera tan exhibicionista que no quise bajarme la camisa.

– ¿Qué te parece si vamos a la zona de desnudos? – me preguntó la chica en el oído.

– Claro – dije sin saber bien a que me estaba metiendo, sin embargo intuí que me debía quitar la ropa para entrar ahí.

No me equivoque.

Un gran hombre dejaba entrar a las chicas si estas le parecían guapas para hacerlo.

Había un gran rotulo a un lado de la puerta, que decía:

“Están siendo grabadas para un programa sólo para hombres, por lo que podrán tomar todo lo que deseen, la casa invita”.

Me pareció una idea estupenda tener público, así que me apresure hacer fila, por lo que mi nueva amiga se río.

– ¿Te gusta que te miren? – me preguntó aún riendo.

– Mucho – grité para que me escuchará.

Estaba emocionada por lo que prometía esta noche.

El guarura nos vio a ambas de pies a cabeza y luego abrió la puerta grande de vidrio para dejarnos entrar a esa zona.

Una vez entramos, nos encontramos

con una mujer joven, como de unos 28 años de edad, rubia, delgada, de senos pequeños pero redondos y una estrecha cintura que nos pidió la ropa y nos dijo que nuestra ropa estaría en la caja número 34.

Nos movimos desnudas por la gran masa de mujeres que había en este no tan pequeño local. Era más pequeño que el anterior lugar, pero no tanto.

Todas las mujeres estaban desnudas bailando y tocándose unas con otras sin llegar a hacer nada como meterse la mano en sus partes, como mucho, se tocaban los senos. Había de todo: morenas, rubias, pelirrojas, bajitas, altas, rellenas, delgadas, voluptuosas,

con muchos senos o casi sin nada; de todo.

Mire el cuerpo de mi acompañante. Era delicado, pero no era voluptuosa como yo, aunque era más alta.

– Me encantan tu senos –dijo tocándomelos sin ser vulgar. No tocaba en absoluto mi pezón, más bien parecía estarlos apreciando.

– Gracias, me costaron un ojo de la cara –respondí.

– Pues te quedaron de maravilla –replicó.

Dejamos de hablar y seguimos bailando, disfrutando del roce de nuestros cuerpos.

Estaba feliz dejándome acariciar por un montón de chicas, y acariciando a otro tanto. Todas lo hacíamos por gusto, pero era más algo pícaro que algo sexual.

Pasé una hora entera bailando desnuda, sudando todo el alcohol que me tomaba. Las bebidas eran gratis y las iba a disfrutar. De vez en cuando recordaba que los hombres me estaban viendo y me ponía caliente con sólo pensarlo.

A la media noche, encendieron una máquina de espuma que comenzó a inundar todo el local.

Las chicas se pusieron locas al ver que podían jugar con las espuma, algunas se las restregaban por todo el cuerpo, otras

únicamente jugaban con toda esa espuma y las burbujas que lograban hacer.

Media hora después, la espuma cubría a la mayoría hasta la cintura, y ahí es donde comenzó lo realmente bueno...

La cosa se volvió un poco más subida de tono, y todas se comenzaron a realmente tocar, y nada tenía que ver con el toqueteo infantil que antes nos dábamos.

Algunas se tocaban sus partes íntimas y hasta llegue a escuchar que una o dos llegaban a un orgasmo.

¡Era realmente una orgía!

No sabía qué hacer, la situación me había tomado desprevenida

completamente, pero mi pareja no parecía haber notado mi cambio de actitud, ella seguía bailando y pasándose la espuma por todo su cuerpo.

De pronto, ella me tomo de la mano y me llevó a donde estaba nuestra ropa.

–Cambiate, tengo una mejor idea –dijo alegre.

– ¿A dónde vamos? –pregunte secándome con la toalla que nos dio la chica que antes nos había pedido nuestra ropa.

– A un lugar más íntimo –dijo mordiendo su labio.

No me lo pensé dos veces.

No es como si la idea de una orgía de mujeres no me gustara, o el hecho de que muchos hombres estaban viendo lo que se estaba haciendo, pero para mi primera vez con una mujer, quería algo más... íntimo.

Además de que probablemente no era lo más indicado tener un encuentro erótico en un lugar lleno de espuma. En realidad lo era, pero sólo para las que pretendían llegar a meterse los dedos o algo más, yo quería mucho más que sólo un roce entre mujeres.

Subimos a su auto y me llevó hasta un motel cercano.

Entramos a la habitación que nos dieron.

– ¿Estas segura que quieres hacer esto? Porque yo estoy segura que tú no eres lesbiana como yo –dijo antes de cerrar la puerta.

– Te diré algo –me senté en la cama–: tienes razón, yo no soy lesbiana, ni siquiera puedo decir que soy bisexual, pero quiero experimentar de todo un poco en esta vida. Por eso estoy aquí.

– Por mí está bien –se encogió de hombros.

Después de ese pequeño cuestionamiento, las cosas para mí se tornaban incómodas, pero por lo visto para mi compañera no era así. Ella sonrió y se cerró la puerta de la habitación.

Luego se acercó a mí a paso lento.

Yo me levante de la cama para poder estar a la misma altura.

Una vez estábamos muy cerca, puso las manos en mi quijada y me besó. Al principio fue un beso tranquilo, pero luego lo fue intensificando.

Sus labios se me hicieron muy delicados, y el suave bálsamo que los cubría invitaba a que la conexión fuera mejor. El labial definitivamente sabía mal. La mayoría de las mujeres sabemos que los labiales no tienen buen sabor, sobre todo aquellos que son de colores, sin embargo, no me importo.

Ella puso su mano sobre mi pecho

derecho y poco a poco comenzó a estimular mi pezón.

Me sentía bien, pero no era lo mismo. Sus delicadas manos no equivalían a una fuerte mano masculina.

Seguí porque tenía curiosidad de que era tocar a una mujer.

Puse una mano sobre su cintura y fui subiendo por su vestido hasta llegar a su seno, que no se sentía nada parecido al mío. Mientras que mi busto era algo duró, gracias a la silicona, el de ella era blando y... no sé ni cómo describirlo.

No llevaba sostén, eso ya lo había visto cuando se quitó la ropa cuando estábamos en el local, sin embargo, no

había notado que sus pezones eran mucho más grandes que los míos y no hablo de la aureola, sino del propio pezón.

Pellizque su pezón y ella reacciona con un jadeo.

– Soy madre, por eso mi pezón es más grande, porque estoy dando de amamantar, así que cuidado... –advirtió risueña.

– Puedo ver cómo es la leche –dije sin pensármelo.

– Claro –sonrió.

No entendía porque había pedido eso, sólo pensé que sería genial ver pechos reales, que pudieran producir leche,

algo que yo no podía. Y no es que quisiera probar la leche de ella, simplemente quería ver cómo era el proceso ya que yo no podía hacerlo, aun si tuviera un hijo... yo nunca iba a poder hacerlo.

Se sacó el vestido, quedándose solamente en las bragas negras de satén que llevaba puestas.

— ¿Quieres que te amamante? — preguntó.

— La verdad, no lo sé, supongo que ahora me conformo con ver —dije, pero después pensé en lo que me había dicho Guillermo—. Espera, sí, lo quiero hacer, quiero probar.

Estaba indecisa y pude ver que ella lo notó, pero no le importó.

Se sentó en la cama.

– Ven aquí, cariño –me hizo una señal con el dedo índice, invitándome a sentarme junto a ella.

Me senté justo a la par de ella.

– ¿Puedo ver tu cuerpo antes? – preguntó lamiéndose los labios—. Siempre me han llamado la atención las curvilíneas como tú. No sé, creo que me encanta que se vean más femeninas que yo...

– Por supuesto –dije y me levante para quitarme la ropa.

Me quité primero la camisa corta y vi

la cara de ella; era como si los ojos se le salieran de la órbita y estuviera a punto de babear sobre mis senos.

– Me encantan tus senos, enserio que sí. Tus pezones son rosados y pequeños y tus pechos son realmente redondos y respingados –puso sus manos en mis senos y los sostuvo durante un tiempo.

– Se supone que así se deben ver los pechos operados –bromea—. Y el doctor me dijo que los pezones no crecen cuando te pones implantes, que por eso siempre mi aureolas se verían siempre pequeñas.

– Ya lo creó... –pasó el dedo gordo por mi pezón y este reacciono poniéndose erecto—. Termina de

desvestirte y te amamanto, para que luego yo pruebe tu cuerpo –me miró de pies a cabeza y casi sentí como tenía un orgasmo sólo con verme.

¡Era increíble!

Me sentí alagada y deseada, pero no tenía esa prisa como con los hombres, definitivamente sería muy distinto.

Desabotone mi pantalón y me lo quité.

En cuanto estuve desnuda, me senté junto a ella nuevamente.

–Adelante –dijo tranquilamente.

Me acerqué más a ella y puse mi boca en su erecto pezón derecho.

Recordé como me gustaba que me lo

hicieran a mí y lo bien que se sentía.

Al menos debía intentarlo, me dije.

Tomé su pecho mientras seguía succionando, pasando mi lengua por toda la aureola y por el pezón. Un líquido salió de su pezón directo a mi boca. No sabía del todo mal, pero no es como la leche normal que se acostumbra a tomar.

Escuche como jadeaba ruidosamente, y luego sentí como su mano viajaba por toda la curva de mi espalda.

Donde ella tocaba dejaba una estela de fuego.

Ahora si comenzaba a sentir deseo, deseo de su toque.

Llegó a mi trasero y apretó uno de mis globos.

Habían pasado muchos años desde que había iniciado mi vida en el gimnasio y no había dejado de ir en todo este tiempo, por lo que mi trasero se había fortalecido y estaba más grande que antes. Mis piernas estaban tonificadas y mi abdomen plano.

Debía cuidarme si quería seguir siendo yo, o el sueño que la niña que fui tuvo.

Apretó nuevamente mi trasero cuando un poco más de su leche se derramo en mi lengua.

–Dejame a mí ahora –me apartó.

Cedí.

No me quería que se mal interpretara que yo no tenía tantas ganas de acariciar a una mujer como ella, pero esa era la verdad: quería ser yo a la que una mujer acariciara y no al revés.

Me hizo acostarme en la cama y luego me besó la boca. Bajó poco a poco, primero por mi cuello y luego pasó sus labios por mi canalillo.

Tenía húmeda mi vagina para ese entonces, no tanto como en otras ocasiones, pero ya estaba bastante lista para mi nueva amiga.

– Vamos por esos pezones –dijo lamiéndose los labios y mirando fijamente mis pechos.

Pasó su nariz por mi pezón izquierdo y estrujó mi pecho derecho con su mano.

Le dio un lametón a mi pezón izquierdo y luego se lo metió a la boca y comenzó a darle masaje con su boca y lengua. Era implacable. Su lengua pasaba hábilmente por cada una de mis terminaciones nerviosas mientras su boca succionaba fuertemente.

¡Ella de verdad tenía ganas de probarme!

Hizo lo mismo con el otro seno y luego jugó con ambos, intercambiando de un lado a otro, dejándome llena de su saliva.

Estaba realmente excitada, pero pude

ver que ella lo estaba más que yo dado que desplazó una de sus manos hasta su entrepierna y se la metió debajo de sus bragas para luego comenzarse a masturbar.

Era raro, pero no del todo malo.

Cuando tuvo su orgasmo, me succiono demasiado duro mi pecho, sin embargo esto fue como un látigo e hizo que yo tuviera un pequeño orgasmo.

Una vez ella estuvo satisfecha de tocar mis pechos, bajo un poco más a mi pelvis y me besó ahí, para luego ponerse a la altura de mi vagina.

— ¿Cuántos dedos aguantas? —me preguntó sin vergüenza.

Me sorprendí un poco con la pregunta. Recordé lo que me dijo Guillermo: debía de dejar de tener prejuicios y darle a mi cuerpo lo que este pidiera.

– Una vez un hombre me metió tres dedos –mencioné un poco intimidada.

– ¿Puedo meter mi mano en ti? Creeme, te gustará –trató de relajarme.

– Pero... –me mordí la lengua.

Me daba mucha pena comentar lo siguiente.

– Dilo –me incitó.

– Tengo miedo de que... me quedé muy abierto ahí –dije tomando fuerza. Sabía que me había puesto roja antes que ella levantara una ceja.

– ¿Haces ejercicio?

– Sí.

– Pues no temas, hay ejercicios que ayudan a que la vagina vuelva a su tamaño original –me guiño un ojo.

Eso no lo sabía, pero debía suponer que era cierto, después de todo, toda la vagina son músculos.

– Voy a ir despacio, así que tu tranquila y relajate –tomé una respiración profunda.

Ella me abrió las pierna y las doblo.

Tocó primero mi clítoris y luego pasó un dedo por toda mi abertura, esparciendo mi propia humedad.

Metió un dedo dentro de mi vagina y comenzó a moverlo. Una lenta vibración se provocó en mí.

Había visto en unos vídeos, hace unos años, cómo era eso de meterle la mano a una chica, y siempre me había parecido algo... extremo. Me daba curiosidad pero mi miedo a quedarme floja de mis partes ganaba.

Esperaba que ella tuviera razón, de lo contrario, por muy pequeña que fuera su mano... ya ningún pené me podría complacer.

Dejé de pensar cuando me metió otro dedo y esta vez aumentó el ritmo.

Estaba segura que tendría un orgasmo

antes que ella metiera dentro de mí el tercer dedo, pero me equivoque. Tenía más miedo que excitación.

Respiré hondo y me dejé llevar. Me lo debía. Debía dárselo a mi cuerpo.

Con tres dedos dentro de mí, no lo soporte y me vine.

Me derrame en su mano, ya que ella nunca sacó los dedos. Seguro que había quedado toda llena de mi esencia, pero creo que no le importó.

Se detuvo mientras mi orgasmo invadía mi cuerpo, pero luego metió otro dedo.

Como estaba, ahora sí, relajada, no me dolió.

En realidad no se sentía muy diferente a un pené, al menos en grosor, porque en lo que respecta a lo largo y a la forma en sí, no eran nada parecido.

Me preparó para el último dedo sobando mi vientre bajo.

Lo metió lentamente, calculando cuando podía soportar. Una vez terminó de meterlo, lo dejó dentro de mí y aprecie lo apretada que estaba.

Sentía cada uno de los movimientos de sus dedos, ¡y realmente se sentía bien!

Quedé pasmada.

Cuando comenzó a mover sus manos, entrando y sacando sus dedos... tuve otro orgasmo, más grande que los

anteriores, pero ella no se detuvo.

El orgasmo se prolongó un poco más.

Era un orgasmo dulce en realidad, tierno y suave que te libera y te hace sentir cálida.

Nada tenía que ver con los orgasmos salvajes que había tenido con el chico en el callejón y con Guillermo. Pero cada uno tenía su encanto a su manera y también eran muy distintos en sus formas, eso debía reconocerlo.

Ella sacó su mano dentro de mí.

– ¿Quieres probar otra cosa? –me preguntó mientras se secaba su mano en el cobertor.

– ¿Cómo qué? –respondí con otra

pregunta.

– Como hacer la tijera –propuso.

– ¿Qué es eso? Disculpa mi ignorancia, pero ya sabes que no entiendo nada de lo que me estás hablando –expliqué.

– Es cuando las partes de dos mujeres se juntan –explicó sencillamente, entrelazando los dedos de sus manos.

– ¿O sea, que es cuando tu clítoris toca el mío? –pregunté alzando las cejas.

– Sí, aunque yo no lo quería decir de esa manera para que no te asustarás –se río.

– No soy delicada, eso te lo aseguro –dije seriamente.

– Está bien –hizo una seña restándole importancia al asunto–. Ahora, siéntate y sostente con tus antebrazos, abre las piernas –dijo guiándome para poder posicionarme–, así... Bien, ya quedaste.

Luego se puso ella en la misma posición en la que yo estaba, nada más que una de sus piernas la puso debajo de la mía y quedamos en una posición algo extraña para mí.

– Acercate más a mí –dijo.

Lo hice y sentí como acababa de tocar su monte venus.

– Baja la cadera y luego mueve como si lo estuvieras haciendo con un hombre, nada más que tú eres la que se tiene que

mover, aunque en este caso seremos las dos las que nos movamos.

Hice lo que ella me indicó.

Sentí su clítoris rozar mi abertura. Sus labios vaginales internos eran más grandes que los míos, por lo que sentí cada una de sus partes.

La sensación era extraña, pero agradable.

Estaba húmeda, aunque yo estaba más que ella, seguramente a causa de que yo había tenido más orgasmos que ella.

– ¡Me encanta que estas bien lubricada! –jadeó.

Cerré los ojos y comencé a ver la escena desde afuera: dos mujeres bellas,

una curvilínea —como ella misma me había llamado—, y la otra esbelta como una modelo, frotando sus partes íntimas y gimiendo juntas.

En realidad, me sentía más como estar metida en una película triple x, que como me debería sentir.

Me emocionaba, sí; estaba excitada, sí; pero quizás no era suficiente.

Comencé a jadear y a tratar de tener con todas mis fuerzas un orgasmo, porque a pesar de que la escena podía parecer muy erótica para cualquiera, para mí no lo era tanto. Más bien, me parecía bastante igual a cualquier sexo aburrido en donde la pobre mujer tiene que apretar las piernas para sentir algo

en su vagina porque el hombre no se mueve de la forma adecuada.

La diferencia con lo que acabó de explicar, es que al menos tuviera algo en la vagina, pero no tenía ni siquiera un dedo, así que sólo me quedaba apretar las piernas y rogar para que esa tensión se me saliera del cuerpo.

No era mi cabeza la que impedía tener un orgasmo, era que simplemente la situación en general, no me llamaba mucho la atención.

Mi amante, terminó y yo fingí terminar.

Me sentí como si nuevamente había tenido sexo con Rodrigo.

¡Horrible!

Eso es lo que había sido. Es cierto que había tenido orgasmo y que yo no los había tenido que provocar con mi propia mano, pero al menos para mi primera vez tenía la excusa de la inexperiencia de ambos, pero ¿para esta vez?

Se supone que una mujer tiene que hacerte sentir más por el hecho de saber dónde están tus zonas erógenas o simplemente por saber qué es lo que le gusta a una mujer, pero con esta chica... yo no había tenido suerte.

– ¡Eso sí que fue delicioso! –dijo ella limpiándose el sudor de la frente.

– Sí, mucho –respondí yo sin tanto ánimo.

Me había gustado un poco que me metiera sus dedos en mí, pero no estaba del todo segura que me gustaba que fuera una mujer quien lo había hecho.

Ok, tenía un marco de referencia en cuestión de que no me gustaba del sexo.

Y definitivamente no me gustaba tener sexo con mujeres.

El encuentro sexual con esa mujer, terminó con esa posición nada placentera. Cada una de nosotras se ducho antes de irse a su respectiva casa.

Por gracia divina, jamás he tenido que volverme a encontrar con esa mujer, porque aunque no se crea lo que diré: mi mente la lleva bien presente, sólo por si

acaso se me vuelve acercar para fingir demencia.

No tenía idea en qué momento se me había ocurrido que yo podía ser bisexual... ¡con lo mucho que adoraba los penes!

Desde ese día me jure que ya no me acostaría nunca más con una mujer. Hiciere lo que hiciere, me pusiere en una u otra pose, o incluso, pudiera hacer algunas cosas que los hombres hacen para darte placer... una mujer jamás puede ser un hombre, JAMÁS.

Capítulo viii

Perversiones

Había llegado el minuto cero, todo estaba puesto en bandeja de plata y yo estaba nerviosa.

Ahí me encontraba yo, frente a la secretaria de Guillermo, con unos nervios... que difícilmente pudiera yo describir.

Me envalentone y pregunté:

– Buenas tarde, se encuentra el licenciado Guillermo –le dije a la secretaria, quien desde su asiento, me miró desde abajo y me escuto

completamente.

No sabía hasta el momento si alguna vez alguien se había figurado si se me había contratado por razones meramente laborales y profesionales, o sí de casualidad alguien se había dado cuenta de cómo fue que me contrataron.

Esperaba que esta mujer, que ya estaba entrada en edad, pero que eso no la hacía sorda, no hubiera escuchado lo que hace ya un tiempo había pasado solo a unos pasos de su escritorio. Sería vergonzoso si ella supiera algo.

– ¿Tiene una cita con él? –preguntó volviendo a su labor.

– No, sólo dígame que quiere hablar

con él la ingeniera a cargo de la nueva construcción –respondí nerviosa.

– Permítame –descolgó el teléfono y esperó hasta que respondieron al otro lado de la línea–. Licenciado, lo busca la señorita S –dijo aburrida.

En realidad la mujer dijo mi nombre, pero como se abran dado cuenta, jamás diré cuál es mi nombre.

– Dice que pase –dijo sin levantar la vista una vez que colgó.

–Gracias.

Camine hasta la puerta de la oficina de Guillermo. Estaba nerviosa porque las pocas veces que lo había visto en la constructora se me había acelerado el

corazón y había mojado mi entrepierna.

El hombre podía no ser un adonis, o mucho menos, pero a mí me traía loca. No me gustaba como pareja, pero sí como hombre.

Yo era como una polilla atraída por el brillo de una lámpara mata insectos.

Toque la puerta dos veces antes de entrar.

Una vez adentro, lo vi: estaba sentado tal y como lo había visto la primera vez que entre a esa oficina.

Llevaba puesta una camisa azul manga larga de botones, pero la tenía arremangada hasta llegar al codo. Se veían estupendamente bien sus brazos.

No traía corbata, por lo que tenía desabotonados los primero botones de la camisa.

Respire hondo mientras la electricidad de un escalofrío recorría mi cuerpo.

– ¿A qué debo su visita? –preguntó sin mirarme.

– Quiero pedirte algo –dije tragando el nudo que se me había hecho la garganta.

– ¿Qué es? –volvió a preguntar sin mirarme.

– He decidido hacer con lo que me dijiste hace mucho: darle a mi cuerpo lo que pide –comencé explicando.

– ¿Y eso es? –me volvió a ver interesado.

– Veras –me senté enfrente de él–, cuando tuvimos sexo aquí mismo... yo...

– ¿Quieres más? –preguntó sonriendo pícaramente.

– Siempre quisiera más de ti –confesé–, pero no es eso lo que quiero pedirte, claro, si quieres que lo hagamos hoy, por mí... sería magnífico –estaba más que nerviosa, por lo que respire y pensé que sólo se trataba de mis prejuicios dejando dominarme.

– ¡Que te puedo decir! –se levantó y se puso justo a mí lado. Otro escalofrío me recorrió completamente–. A mí me ha encantado tu cuerpo –poso su mano posesivamente sobre mi pecho izquierdo

y lo estrujó.

Jadee.

Estaba como la lava de caliente.

– ¿Qué tan pervertido eres? –pregunté entre jadeos gracias a que el comenzó a estimular mi pezón.

– ¿Y esa pregunta a qué viene? – contraatacó pasando su mano hasta mi cuello y dándome un pequeño masaje.

– Es necesario que me conteste, necesito saber que tanto estas dispuesto a hacer en el sexo –ronronee.

Guillermo sabía dónde exactamente tocar y cuanta presión ejercer, ya fuera sólo para un masaje que te relaje o para algo más...

– Yo creo que te das una buena idea de lo pervertido que puedo llegar a ser – contestó—. Pero si quieres algo más específico, te diré que lo único que no aceptaría es una relación homosexual, porque simplemente no me gustan los hombres.

Me quede ida, perdida en sus caricias.

Cuando reaccione, recordando el por qué estaba aquí, me levante para verlo a los ojos.

– Tengo una fantasía, mi máxima fantasía y quiero que este en ella –dije seriamente.

– ¿Cuál es esa fantasía? –me tomó de la cintura y me atrajo hacia él.

Choque contra su tórax, y sentí el calor de su cuerpo, un calor envolvente, glorioso y carnal.

– Te lo diré después –lo besé salvajemente.

Él puso sus manos alrededor de mi cuerpo, acercándonos más y más. Mis pechos estaban aplastados por su tórax y me encantaba esa sensación.

Me encantaba todo de él.

Sabía que la única cosa por la que me gustaba Guillermo, era por lo que me podía hacer sentir, porque él sabía lo que quería mi cuerpo aun cuando yo no tenía idea de qué era.

Sus manos viajaron por todo mi

cuerpo, estrujando cada una de mis partes.

Me tomó del trasero y me hizo subir las piernas hasta sus caderas para luego dejarme sentada en su escritorio.

Yo tenía un buen récord con los escritorios, de eso no cabía ni la menor duda. Lo había hecho muchas veces en el escritorio de Santiago, y aunque mi última vez había sido en el escritorio de Guillermo, yo tenía y tengo cierto amor con ese mueble.

Me quitó la camisa lentamente mirándome directamente a los ojos.

– He extrañado estos pechos –dijo una vez me había quitado todos los botones,

sin embargo, no me quitó del todo la camisa.

– Yo extrañe esto –puse mi mano sobre su miembro–. No he tenido otro hombre como tú.

– Me alegra escuchar eso –tensó los hombros y achico los ojos–. Ahora, recuerda estar callada que mi secretaria está afuera y por muy divorciado que este no es prudente confirmarle lo que estamos haciendo.

– ¿Crees que lo sepa? –pregunté mientras le quitaba el cinturón.

– Supongo que se hace una idea, ya que la última vez que estuviste aquí gritaste un par de veces –se mofó de mí,

sonriendo.

– Pues entonces, no me obligues a gritar –le dije antes de halarlo de la camisa y besarlo.

Sus manos estaban en mis pechos, estimulándolos, así como me gustaba a mí.

– Hagámoslo rápido –propuso y yo acepte porque debía volver a mis labores.

Se sacó su miembro con una mano y yo baje los pantalones hasta las rodillas, no podía quitármelos debido a que tenía que quitarme antes los zapatos y aunque las botas de construcción eran cómodas no era tan fácil quitárselas.

Una vez ambos estuvimos relativamente desnudos; él entro dentro de mí con una sola estocada.

Jadee inaudiblemente.

Guillermo comenzó a moverse más rápido de lo que alguna vez algún hombre lo había hecho.

Nuestros ojos se conectaron y no podía despegar la mirada de los suyos. Era como si de esa forma me controlara.

Me tomó de los hombros y comenzó a investirme más fuertemente.

Llegue a mi orgasmo en cuestión de segundos. Tenía tantas ansias de él que me fue imposible contenerme un poco más.

Él también las tenía, porque poco después se descargó dentro de mí.

– No te vayas a limpiarte –agregó cuando salió de mí–. Quiero que todos huelan que has tenido sexo. Ahora – continuo hablando mientras se ajustaba bien la ropa–, me podrías decir ¿Cuál es esa fantasía?

–Esto te va a encantar... –me mordí el labio.

Ya había arreglado todo para ese fin de semana.

Tenía todo preparado para cumplir con mi máxima fantasía.

Me había surgido la idea después de haber tenido sexo con esa mujer, y no sabía si terminaría igual que con ella o sería mejor y superaría mis expectativas; esperaba que lo último pasaría, porque me había llevado un tiempo hacer todos los arreglos para esa “fiesta”.

Creía que me iba a encantar y no se iba a volver un fiasco. Mi primera experiencia con Guillermo me había enseñado que mis límites eran más insignificantes de lo que me había imaginado.

Había llegado al bar donde fui la primera vez. Estaba segura que no encontraría al chico desconocido con

quien lo hice después de que Santiago me despidiera, pero debía tener un poco de fe.

Por alguna razón, mi mente creía que era bueno tener a todos los hombres que había significado algo para mí, esos que había marcado cierto hito dentro de mis relaciones sexuales.

–Hola –me dijo el bar-tender.

–Hola –salude.

Anteriormente me había acostado con él en una ocasión, y me había gustado, pero había sido sexo casual, no había tenido matices como con otros hombres. O sea, fue en una cama, en la posición usual de misionero y con todo lo normal

que tiene el sexo. No estuvo nada mal, debo agregar, pero... eso estaba bien para ciertas ocasiones, pero para la del fin de semana... NO.

– ¿Andas buscando a alguien? – preguntó mientras ponía frente a mí una bebida de color rojo—. Cortesía de la casa –me guiño el ojo.

– Gracias. Y no, o bueno, en realidad si ando buscando a un chico, pero la verdad es que no lo he vuelto a ver desde hace mucho –respondí viendo hacia todos lados.

– Sí, me imagino que no lo has vuelto a ver desde que lo hicieron en el callejón –me susurro en el oído.

Lo voltee a ver asombrada.

– ¿Cómo sabes eso? –le pregunté.

– Ese día estaba en mi descanso, por lo que me fui a fumar a un lugar donde nadie me molestaría por estar tirándole el humo a la cara, luego llegaron ustedes dos y comenzaron a coger ahí mismo. Honestamente pensé en darles su espacio y salir de ahí, pero no parecía que te importara mucho que te viera como te follaban ¿o me equivoco? – sonrió grandemente, y luego se fue a servir a un hombre que pedía seis cervezas.

Cuando regresó, yo todavía no había podido asimilar lo que me acababa de decir.

¡En realidad había alguien viéndonos ese día!

– ¿Y te gustó lo que viste? –le pregunte besando el dorso de mi mano de la forma más sexy que se me ocurrió.

– Por supuesto que sí. Te veías exquisita –respondí viendo mis labios.

– Entonces... me podrías decir ¿Dónde puedo encontrar a ese chico? –si él me había visto y no había tenido buen sexo con él, al menos me podía llevar hasta ese moreno que me puso, literalmente, contra la pared.

– ¿Y no quieres mejor a este moreno? –preguntó sin tapujos.

– Pudiera ser... Pero realmente

necesito encontrarlo –le dije mirándolo fijamente.

Esperaba que todo el derroche de sexapil no estuviera siendo mal gastado en este pobre hombre sin muchas habilidades.

– ¿Sales a la misma hora que la última vez? –pase el meñique por mi boca y él reacciona...

– En efecto –alzo una ceja.

– Te esperare, entonces –respondí.

Le había comentado un poco las cosas al bar-tender, y había sido bien clara en el aspecto que él no participaría, pero

podría verlo todo. Él me había dicho que le gustaba ver y eso es justo lo que obtuvo.

Lo que yo obtuve, en cambio, fue la dirección del morenazo.

Resulta que estudiaba en la universidad de la que había salido, así que ahí iba yo, a verlo a uno de los dormitorios.

El cantinero se había enterado de donde vivía porque ese día cuando regresó de fornicar conmigo, había bebido más de la cuenta y sus amigos ya no estaban, por lo que él lo fue a dejar, mientras el morenazo se le salía la lengua comentando como me había cogido.

No me sorprendí en absoluto que a ese niño se le haya salido la lengua.

Era de tarde, pero no de noche.

Toda la noche después de que el bartender me dijera donde encontrarlo me maté pensando cómo hacer para que el morenazo aceptara.

No tenía ningún plan, pero no hacía falta, hablaría en privado con él y si aceptaba... genial, sino... no pasaba nada.

Zaira, la chica con quien había concertado todo, y la que pondría todo lo necesario para cumplir mi fantasía, me había dicho que si yo no conseguía a los tres hombres ella tendría unos de

repuesto, no había de que preocuparse.

Entre al edificio de los cuartos de los hombres, como toda buena universidad de ideología retrograda, los cuartos de los hombres y las mujeres estaban separados.

Cuando iba subiendo, los chicos se me quedaban viendo y no faltaba alguien que codeara al amigo para que me volteara a ver.

Llevaba puesto un pantalón corto ajustado, que me quedaba súper corto del trasero y lo dejaba ver un poco. Ahora que lo pienso, creo que el short, si se puede llamar así, no tiene más de un cuarto de tela, o mucho menos que eso. La pretina comenzaba en la cadera

y si llevaba una camisa corta dejaba ver todo mi abdomen. En esa ocasión, traía puesta una camisa larga pero muy ajustada, la cual me había metido en los pantalones, y también tenía puestas unas plataformas de muerte.

Como toda mujer a la que le guste que la miren, comencé a caminar de la forma más sensual mientras me movía dentro de esa aglomeración de testosterona.

Al llegar a la habitación del morenazo, toqué dos veces la puerta.

Un chico chiquito, pecoso, pelirrojo y flacucho, me abrió la puerta.

–Hola –dijo casi babeando.

–¿Está el moreno? –pregunté.

Aún no sabía cómo se llamaba, pero para mí siempre iba a ser el morenazo.

– ¿Te refieres a Hass? –el chiquitín parecía desilusionado porque no era con él la cosa, pero yo agradecía mucho no haber acostado nunca con alguien tan patético.

Quizás era muy perra por pensar de esa manera, pero la realidad era que yo había trabajado para verme como me veía y lo mínimo que quería era un hombre de apariencia decente o al menos que supiera como tratar a una mujer en la cama, o contra una pared, o contra un escritorio... Pero por lo visto, el chiquitín seguramente era como Rodrigo... y ese era un terreno en donde

no me quería meter.

– En realidad no sé cómo se llama; pero es guapo, moreno, de ojos azules, y fuerte –mencione regalándole una dulce sonrisa.

– Sí, así es Hass –su carita se transformó en una mueca y me dio ternura. Aun así, no haría nada con ese niño.

–Entonces... ¿Dónde esta?

– Ya va a venir, sí quieres lo puedes esperar adentro –se movió para hacerme lugar a que pasara a la habitación.

No me pareció mala idea esperar al tal Hass dentro, además de que sabía que el pelirrojo no me haría nada, era de entera

y plena confianza.

– Gracias –entre al cuarto y me senté en una de las dos camas.

– ¿De dónde conoces a Hass? No es que crea que eres mayor, pero seguro que tú no vienes a esta universidad –dijo el chiquitín sentándose en una silla que había frente a los que podría decirse que era un escritorio, aunque más parecía una mesa pequeña donde sólo cabía la laptop que tenía encima.

– Tienes toda la razón, yo soy mucho mayor que ustedes, al menos unos cuatro o cinco años, y no, no conocí a Hass aquí, aunque si estudie aquí –respondí sin hacerlo.

– ¿Y qué estudiaste? –preguntó un poco más interesado y ya sin la cara de niño desamparado.

– Ingeniería, me gradué hace unos años –sonreí.

– ¿Te graduaste? –preguntó sorprendido.

Debía admitirlo, pero su sorpresa no me gustó en absoluto, la entendía, parecía una puta, pero no por eso las putas son totas, y no es como si me pagarán por tener sexo de todas formas.

– Sí y ahora trabajo como jefa en una construcción –conteste molesta.

– Perdona, no quería sonar así, pero... –dejó la frase en el aire. Estaba

incomodó.

– Sí, sé que parezco, no te preocupes en disimular lo que la mayoría considera que soy. Todo el mundo cree que soy una prostituta por cómo me visto, pero eso no quiere decir que lo sea –estaba más que molesta.

– Lo siento, es que debes admitir que vestirse así sólo da la impresión de que eres de esas mujeres, y no es que tenga algo en contra de ellas –habló rápido–, es simplemente que no puedo entender porque una mujer se quisiera ver así si no fuera eso... Además, si lo fuera se nota que estarías muy por arriba del precio se la mayoría –lo último lo dijo en un susurro.

Respiro hondo.

Él había hecho la pregunta que muchos se hacen cuando me ven, aunque ni siquiera él me lo había preguntado.

– Sabes, te lo voy a decir porque de todas formas ni te conozco, pero la realidad detrás de mi aspecto comenzó por mi baja autoestima, pero luego fue más que eso. Disfruto de la sensación de poderme ver de esta forma, que me miren los hombres y que me deseen. Podrá ser difícil de entender –encogí los hombros–, pero no importa lo que otros piensen. Realmente me gusta ser objeto de deseo de los hombres, y sí, eso puede sonar horripilante, pero cada vez que alguien me hace sentir mal por querer

eso, recuerdo lo que un amigo me dijo, y fue que simplemente hiciera lo que yo quería, que simplemente fuera yo. Y eso, es suficiente para vestirme de esta forma –sonreí–. Además, esto no va a durar siempre...

– Sí, te casaras y luego te verás decente –bromeó.

– No, por Dios, no. Eso sería espeluznate para mí. Pero, sí que me haré mayor y ya no podré vestirme de esta manera –sonreí nuevamente.

Había dejado atrás mi enojo, no valía la pena enojarse por lo que la mayoría cree cierto. Sin embargo, que todos pensarán de cierta forma no volvía las cosas verdaderas.

– Simón, hoy voy a salir... –entró por la puerta Hass, pero dejó de hablar cuando me vio sentada en su cuarto.

Los ojos, perfectamente azules, se le salieron de su órbita y pude notar su acelerado corazón.

– ¿El destino te trajo hasta aquí? – preguntó con una gran sonrisa.

– No, no fue el destino, ese cretino no haría algo así por mí. Creeme, te he estado buscando por un rato y tuve que mover ciertos contactos y prometer ciertas cosas para estar aquí –contesté poniéndome de pie.

– Típico que te pasen estas cosas a ti, Hass –dijo el pelirrojo.

– ¿Podemos hablar solos? –le pregunte directamente a Hass.

– Quédense aquí, yo me voy a dar un paseo –dijo el pelirrojo, levantándose de la silla.

– Espera –le dije, y me acerqué a su oído para susurrarle—. Sabes, yo era una persona como tú, pero puedes cambiarlo, tanto físicamente como mental –le di un besó en la mejilla y lo dejé ir.

Iba como ido, pero seguro que me había escuchado.

– Ahora que estamos solos... podríamos, ya sabes, repetir lo del callejón –se acercó a mí.

Me mordí el labio porque yo también

deseaba repetir, pero había decidido que me esperaría hasta el fin de semana, necesitaba estar muy deseosa y no lo haría teniendo sexo todos los días y apenas ayer en la tarde había tenido sexo con Guillermo, así que mi encuentro con Hass debía esperar.

– En realidad, vengo a proponerte algo distinto...

Salí del cuarto de hombres de la universidad y al salir choque contra un hombre.

Me fije en él y lo reconocí al instante.

Abrí los ojos, totalmente sorprendida. Tenía un buen tiempo sin verlo.

– ¿Javier? –pregunté desconcertada, aunque si sabía que era él. estaba totalmente segura que se trataba de mi viejo amigo, el que me había dejado de hablar cuando me presentó a su primo Rodrigo.

Aún no sabía por qué me había dejado de hablar, suponía que se había dado cuenta de mi revolcón con su primo, pero no creía que le fuera a importar.

– Sí –respondió confundido.

– Soy S –dije sonriendo.

Estaba feliz de volverlo a ver, era uno de mis pocos amigos y yo realmente tenía muy pocos amigos, y tampoco era que me importara tenerlos.

– S –dijo y abrió los ojos tanto o más de como yo lo había hecho, luego me miró de pies a cabeza.

– La misma, por cierto, es un gusto volverte a ver. Hace años que no nos veíamos –estaba extasiada.

– Sí, lo mismo digo. Estás muy cambiada –me miró mal.

– ¿Eso qué quieres decir? –dije herida.

– Que eres todo lo que querías ser ¿no? Eres la chica que todos desean ¿o me equivoco? –dijo duramente.

Al parecer no era mi día, pero del pelirrojo lo podía soportar, pero de Javier, no lo iba a hacer. No estaba dispuesta a soportar ser tratada como

una basura. Con todo lo que había hecho en mi vida, no merecía ser tratada con tanta crueldad.

–Creo que me equivoque –dije seria–, no es un placer verte, es un error.

Me voltee y comencé a caminar.

Estaba a punto de llorar cuando Javier me alcanzó y me haló del brazo.

–Perdón –se tocó inquieto la cabeza–. Eso no fue nada gentil de mi parte, y he sido un patán.

–¿Lo crees?

– No, estoy seguro que he sido un patán, y no sólo me refiero a lo que acabo de decir, sino también a los dos últimos años de la universidad –no

dejaba de tocarse la cabeza.

– Tienes razón, pero una disculpa a estas alturas... no estoy segura que arregle algo.

– Sí, te comprendo.

– ¿Sabes cuándo tiempo me pregunte por qué me dejaste de hablar? Acaso no éramos amigos, si estabas enojado conmigo por algo, bastaba con decírmelo –replique alterada.

– Sí, tienes razón en todo. Por favor, dime que podemos hablar sobre esto y que me darás la oportunidad de poderte explicar –su tono era de arrepentimiento.

Me arme de valor para poder aceptar.

Asentí con la cabeza.

Algo me decía que me podía arrepentir de eso, pero igual le daría la oportunidad, más que por él, por mí. Me debía una explicación y la iba a obtener.

– Hay una banca donde podemos hablar sentados, no creo que soportes tanto tiempo parada con esos tacones – trató de bromear, pero no me dio gracia.

– Como quieras... –respondí.

Lo seguí hasta la mentada banca y luego me senté.

Respiró hondo antes de empezar a hablar.

– ¿Recuerdas que la noche que nos hablábamos por última vez te presente a

mi primo? –preguntó con dudas, pero creo que no eran dudas por la pregunta, sino por la reacción que yo tendría.

– Sí, lo recuerdo –respondí simplemente sin voltearlo a ver, prefería ver la grama que verlo a él.

– Pues, en realidad no lo iba a hacer, digo, presentarme a mi primo. Yo no estaba borracho, pero fingí estarlo porque te vi de esa manera y creía que así podía hallar valor para decirte algo, pero finalmente no pude hacerlo y termine haciendo una tontería –lo escuche exhalar fuertemente.

Quería hacer algo pero mi mente me detenía, era mala idea hacer cualquier cosa. Debía escuchar nada más.

– ¿Qué es lo que me ibas a decir? – me aventuré a preguntar.

– Que me gustabas... en realidad más que eso. Habíamos sido amigos por todo el tiempo que llevábamos de estar en la universidad y realmente me gustabas, pero tenía metido entre ceja y ceja que querías a un imbécil, que no te querías enamorar y un montón de otras cosas – lo voltee a ver, y lo que vi me lleno de ternura.

No sabía que él sentía algo por mí, en verdad que no, simplemente era un amigo para mí, uno muy querido, pero sólo eso. Ni siquiera sabía cómo manejar las emociones de los demás, porque muy en el fondo yo sabía que yo

no sentía igual que ellos. Y tal vez por eso veía al sexo sólo como eso, no como la unión de dos almas y todo eso...

–Y bueno, al final decidí que no podía hacer nada para cambiar de idea, pero si te podía dar lo que tanto querías...

Algo me comenzó a oler mal y tuve una terrible sensación en la boca del estómago.

–¿Qué me distes? –pregunté temerosa.

–Creó que ya lo intuyes, y antes que te levantes... lo siento, de verdad, profundamente –comencé un poco a hiperventilar–. Hubiera querido ser yo, pero supuse que no me ibas a dejar

serlo, así que te presente a alguien que sabía que no iba a decepcionarte, al menos en el sentido de que él era un verdadero tonto y esperaba que no se enamorara de ti.

– ¿Sabes que lo que me estás diciendo es horrible? –dije enojada y triste, a la vez.

– Lo sé, pero por eso mismo me sentí mal luego, y también me enoje cuando supe que habías tenido sexo con él; parte de mí esperaba que no lo hicieras y que al final me buscaras, pero no pasó –confesó.

– No sé qué decirte, no sé cómo tomar esto. Lo que me estás diciendo... ¡Dios, no te lo podías guardar! –le dije

realmente molesta.

– No, porque si lo hacía no podía seguirte viendo y, parecerá muy de novela, pero sigues gustándome y mucho. No me importa tu apariencia S, eso me da igual, me sigue gustando la mujer que una vez conocí.

– Pues no soy esa persona –dije tan fría...

– Supongo que no, pero no importa porque creo que me gustas de todas formas –dijo serio.

– Eres un tonto –me reí de él–. No me conoces, porque sabes, a pesar de que me herite con lo que dijiste hace un instante, es cierto. Soy la mujer que

todos desean y la que se acuesta con la mayoría de esos. He tenido sexo a montones y no sólo con solteros, también con casados, con hombres menores que yo y mucho, muchos más. Y ¿sabes? No pienso dejar de hacerlo. Me encanta el sexo y no creo que quieras a una mujer que realmente considere que el noviazgo y el matrimonio son una basura. Además, no voy a cambiar de parecer, soy así y me amo, no importa lo que otros digan o crean —terminé de hablar respirando violentamente y estaba segura que tenía la cara roja del enojo.

— ¿Y? —preguntó encogiéndose de hombros— Eso no hará que te desee

menos como mujer, o que no quiera algo contigo. Lo quiero, y mucho. Es más, estoy dispuesto a probar tu mundo. No quieres novio, bien. No quieres matrimonio, estoy de acuerdo. No quieres más que sexo, por mí excelente. Pero, quiero la oportunidad de conocerte.

– ¡Ja! ¿En serio me quieres conocer? –
achiقة los ojos malévolamente.

– Claro –contestó ingenuamente, sin saber a qué se metía.

– Está bien, tú lo pediste, pero después de que te cuente esto... dudo que quieras volverme a ver, y sí decides entrar... cosa que dudo, por cierto, entonces digamos que te daré la

oportunidad que quieras –propuse.

Sabía que saldría corriendo después de escucharlo, pero me daba exactamente igual. Por mí que le contara a medio mundo, al final me daba lo mismo.

– Soy todo oídos –dijo felizmente.

– Veras, este fin de semana quiero cumplir mi mayor fantasía sexual, ah, porque debo aclararte que no sólo me acuesto con los hombres, sino que me gustan ciertas prácticas peculiares del sexo, como por ejemplo el voyerismo, o tener sexo realmente salvaje, incluso me gusta ver películas porno –vi su cara, pero no parecía tener ninguna emoción, o quizás sólo estaba en shock–; y por

ello, es que tengo la fantasía de actuar en una película porno y fingir que tres hombres me violan.

Termine de decirlo y estaba extasiada de ver su expresión. Parecía no creerlo.

– Así que –continúe–, hace unos días llame a una empresa de esas películas para adultos y le dije a una mujer que quería salir en una de esas cosas, ella me dijo que me entrevistaría y me vería si mi cuerpo podría ser “rentable” para su empresa, así que llegue a la entrevista y me desnude frente a una mujer. A ella le pareció buena idea contratarme, pero yo tenía mis condiciones, que eran básicamente dos: la primera es que actuaría en la escena

que yo había creado en mi cabeza, o sea, la violación, incluso hasta le dije como me había imaginado el escenario; y la segunda condición era que no quería que mi cara se mirara, y por ello usaría una bonita mascara. Ahora, tengo a dos hombres. Uno de ellos, es el jefe de recursos humanos de la empresa constructora donde trabajo actualmente, y por cierto, gracias a él conseguí el trabajo, ya sabes, me acosté con él y tuve el sexo más salvaje que alguna vez me imagine; me hizo venirme tres veces, pero de la forma más... animal que había podido imaginar, fue increíble. Y el otro hombre, es un chico de esta universidad que se llama Hass, con el

que tuve sexo en un callejón sin saber su nombre, hasta ahora supe cuál era; con él también tuve sexo salvaje, pero no tanto, pero lo que más me gustó de él era que me manejó a su antojo y no le importo que cualquiera nos viera. Por último, y antes que se me olvide, habrá un hombre que verá toda la escena porque se lo prometí para que me diera la dirección de Hass, tuve sexo con él, pero a él le gusta más ver, aunque él me vio con Hass en el callejón, le pareció buena la idea de verme como supuestamente me violarían. Así que, si quieres ser el tercero, bienvenido a bordo, sino, desaparece de mi vida para siempre.

Todo lo había dicho de la forma más cínica que había podido.

– Esa es mucha información para procesar –dijo lentamente, como tratando que su cerebro captara lo que había dicho.

– Lo sé. Pero no importa si no quieres –me apresure a decir molesta, aunque lo trate de disimular–. Porque aunque no tenga a quien más pedírselo, no importa, porque la mujer que la mujer que tiene la empresa de porno, Zaira, me prometió que tendría a unos chicos preparados por si acaso no encontraba a los hombres que quería.

– ¿A quien más se lo hubieras pedido? Mencionaste a dos, y dijiste porque los

querías ahí, pero no dijiste nada de otro hombre –menciono aun aturdido.

– Había pensado en mi exjefe, con el que me había acostado durante un año, aun cuando tenía esposa, pero después de pensarlo un poco más me di cuenta que ese cretino no valía la pena. Es más, no sé si tú vales la pena –dije duramente.

No sé por qué razón quería herirlo, porque después de todo, había pasado mucho tiempo desde que me había presentado a su primo y no había razón para estar tan molesta, pero quizás fuera porque yo quería que sufriera y me dejara en paz. Él diría que no y yo me prepararía estos dos días que faltaban

para poder tener mi escena de sexo brutalmente excitante.

– Si aún me lo permites, quiero estar contigo en esa escena. Soy tan pervertido como me lo proponga, y a mí también me encanta el cine para adultos y todo eso que dijiste –dijo serio.

– ¿Enserio? Porque no parece que sea de esa manera, ni siquiera le dices lo que es: porno. Endulzas las palabras llamándole “cine para adultos”.

– Es que no estoy acostumbrado a decirlo de esa manera, soy maestro aquí, así que me he acostumbrado a endulzar todo –sonrió, pero yo aún desconfiaba–. Pero realmente quiero entrar en esto. Sabes, no quiero sonar vulgar, pero

ahora te ves... increíblemente bien, y no es que antes te miraras mal, pero... esos senos, ese trasero, tu cara incluso, llaman al pecado. Y sería un tonto si dijera que no a tener sexo contigo.

– Al menos no le dices hacer el amor – me burle de él, pero no me reí, él sí lo hizo.

– Lo sé, sueño mayor de lo que soy, pero debes entender que no importa cuando me gustes, te sigo viendo como mujer, así que me parece bien estar en esa película, no importa que luego este en un millón de páginas web. He querido tener sexo contigo desde que éramos compañeros y no voy a desaprovechar esto, aunque tú después

no me quieras ver. Sin embargo, te pido nuevamente que reconsideres ser mi amiga, con beneficios o sin ellos, eso depende de lo que quieras tú. En verdad, todo depende de ti —dijo sonriendo y con gestos demasiados marcados como para no ver su entusiasmo.

— Está bien, ven a esta dirección —le pasé uno de los tres papeles que me había dado Zaira con la dirección de la casa donde haríamos la escena—, será el sábado a las cuatro de la tarde.

Me levante lista para irme.

— Gracias, por esto —sacudió la tarjeta—, y por la oportunidad.

– La oportunidad todavía no la tienes, digamos que esta es tu audición –le sonreí sin gracia.

Me fui de ahí antes que él dijera algo.

Todo había salido bien. Al menos en su mayoría.

Ahora sólo tendría que esperar que fuera sábado y dejarme de poner tensa por todo.

Era mi fantasía y nadie lo arruinaría, ni siquiera Javier.

Finalmente llegó el sábado.

Me estaban arreglando para la escena, poniéndome bien la peluca pelirroja que

había elegido Zaira para mí, al igual antifaz negro y elegante.

Me veía increíble con ese vestido costoso que ella había decidido que llevaría para la escena.

La casa era hermosa y carísima, por suerte era la de un amigo magnate de Zaira.

Los hombres ya estaban aquí, y según lo que me había dicho Zaira, les había hecho las pruebas para ver si tenía alguna enfermedad venérea. Por suerte, el medio siempre protegía a sus actores y tenía un laboratorio móvil muy eficiente.

Faltaba media hora para mi debut en el

cine tres x, y estaba emocionada y excitada.

De verdad ansiaba poder ser víctima de una violación fingida. Estaba segura que si fuera real me aterraría, pero yo había dado mi consentimiento, sólo quería esa ilusión de ser tan deseada por los hombres que tuvieran la necesidad de abusar de mí.

Zaira me dijo que esto sería muy rentable dado que muchas personas tenían mi fantasía aunque nadie lo admitía.

—¿Cómo estas cariño? —preguntó Zaira cuando entro a la habitación donde me estaban arreglando.

– Ansiosa –respondí con sinceridad.

– Eso puede ser... normal. No te preocupes, será fantástico y de pasó sea dicho, no se nota que eres tú, digo, por si eso te preocupa.

– Gracias por todo –dije viéndome una vez más en el espejo. Ella tenía razón, no me miraba como si fuera yo.

– De nada, aunque dame las gracias cuando te vuelvas rica. Sólo a una persona como tú se le ocurriría pedir ganancias por la película en lugar de la paga usual –movió la cabeza en negativa, pero vi su sonrisa—. Ahora, reina de las pervertidas, vamos a hacer realidad tu fantasía.

Ambas nos levantamos y admire mi reflejo en el espejo. Me había convertido en una sexy pelirroja, cuya cara estaba cubierta por un antifaz que sólo dejaba descubierta su boca, que además tenía unas lindas orejas de conejo. Tenía puesto un vestido largo, de corte sirena, mis pechos estaban alzados y totalmente deliciosos, mis caderas y mi cintura estaban bien delineadas por las miles de piedras que rodeaban el vestido de color negro. Los tacones eran de infarto, en todos los sentidos. Y por supuesto, llevaba puesto unos guantes negro que me llegaban casi hasta el codo.

Me sentía más sexy que nunca, al

menos más sexy que con cualquier otra ropa.

Cuando llegue a la parte de abajo donde se realizaría toda la escena, me encontré con un montón de personas, en su mayoría extras, aunque también estaban las camarógrafas y por supuesto, el chico del bar.

El equipo técnico de Zaira estaba compuesto todo de mujeres, así ella evitaba que las chicas que actuaban se pusieran nerviosas.

– Reúnanse todos – gritó Zaira.

Todos nos pusimos frente a ella.

– Bien, como sabrán todos, esta será una escena de una violación, por lo que,

y esto va para los actores principales, aunque ella les diga que no, ustedes sigan. Pero, si escuchan la palabra Salsa, deben parar. No me importa si están muy excitados o si quieren realmente violarla, me importan un carajo todos ustedes, pero la seguridad de ella no. Por ello, si no paran, serán sacados de set y de la película ¿comprenden? –Zaira era toda una profesional.

–Sí –dijeron al unísono todos, incluida yo.

–Vuelvan a lo suyo –gritó nuevamente ella–. Quiero hablar contigo –me dijo directamente a mí mientras las personas se esparcían–. Como recordaras, la

palabra que me dijiste para protegerte es salsa y podrás hacer uso de ella si te molesta algo.

– Bien –asentí.

– Toma esto –dijo dándome una cosa de color piel que supuse era un apuntador.

– No necesito un apuntador, creeme lo hago porque quiero, no porque necesite el dinero. No tendré que fingir ni siquiera un orgasmo. Estoy excitada con esto con sólo pensarlo y tengo ansias no nervios –le dije tranquilamente.

– Como quieras –hizo un gesto con las manos dándome a entender que lo dejaría pasar.

Le sonreí.

—Empecemos —gritó.

Eran las siete de la tarde, pero todo tenía un aspecto más oscuro, como si estuviéramos en la media noche.

Todos iban disfrazados, algunos con máscaras de animales y otros no.

Reconocí a mis tres hombres dado que ellos llevaban mascarar menos vistosas que la de los demás hombres.

Las primeras partes de las películas hacían ver a todos en una fiesta tranquila, como si todos estuvieran disfrutando de todo. Yo aparecía charlando con casi todos, y poniendo poses sexys.

Esa parte estaba totalmente ensayada, lo demás no.

Me había alejado de todos para responder un mensaje de mi supuesto novio, diciéndome que no podría llegar a la fiesta. La cámara enfocaba perfectamente el teléfono. Era un mensaje falso mandado por parte de una de las chicas de producción pero eso no importaba.

Luego de eso, salía yo triste, caminando por largo pasillo y después entre a un cuarto que en realidad era una oficina. En mis adentros sonreí porque de cierta forma todo había iniciado en una.

Me senté en un sillón y de pronto, tres

hombres con traje oscuro, había entrado a la oficina y me veía de forma pecaminosa.

– ¿Mira a quien nos encontramos? – decía Guillermo a los demás.

Yo reconocía a cada uno de ellos, aunque probablemente nadie más lo hiciera.

– A la conejita que nos cogemos – respondí Hass.

– No se acerque a mí – dije nerviosa.

Me levante del sillón y fui caminando lentamente hasta topar con una pared.

– Tiene miedo la conejita – dijo Javier.

Lo mire fijamente, y sabía que mi cara

reflejaba miedo, porque eso debía reflejar, pero por dentro quede asombrada, realmente parecía querer estar aquí, y eso era mucho considerando que no podía decir porno.

Los tres hombres se acercaron lentamente a mí, en cámara lenta, tratando de acorralarme.

Finalmente, eche a correr, pero Hass me tomó a volandas de la cintura y me tiró –casi tiró, más bien– al suelo, donde me inmovilizó con su manos en mis hombros.

–Miren a la conejita queriendo huir – dijo Hass.

–Déjenme ir –lloriquee.

– No conejita, lo que te haremos te hará feliz, así que sé una niña buena – dijo Javier, sacando de la bolsa dentro del saco un arma.

Yo sabía que estaba descargada, y que sólo era para hacer más creíble la situación, pero me sorprendí de que fuera él quien la tuviera.

– Vas a hacer todo lo que nosotros queramos –dijo Guillermo quitándose el saco y el corbatín.

– Así es, conejita –dijo Hass lamiéndome los labios.

– No –dije tratando de zafarme de Hass.

– Quieta o te pegó un tiro en la cabeza

—dijo Javier apuntándome—. Harás lo que queramos y serás buena conejita, callada y eficiente —se acercó a mí y me puso la pistola en la sien.

Asentí asustada.

Hass se quitó de encima de mí para darle lugar a Javier, quien me besó ferozmente. Sabía que detrás de eso beso había un hombre que de verdad quería follarme, lo sentí en cada una de las partes de mi cuerpo, y el suyo...

Después de besarme me dio una cachetada que realmente me dolió, pero así lo había pedido yo.

Me bajó el vestido y dejó a la vista mis senos.

– ¡Miren que gemas tenemos aquí! – exclamó Javier mirando a los otros dos y luego me pegó en el seno derecho para después lamirme el pezón.

Estaba completamente húmeda.

Luego vi como los otros dos hombres se me acercaban, desnudos. Por primera vez veía el cuerpo de Guillermo desnudo y no tenía estomago como en un principio supuse, quizás era la ropa, o yo no tenía idea. Tampoco tenía músculos, pero no se veía mal y su miembro era más grande aun.

Por otro lado, Hass, estaba realmente bueno con su cuerpo escultural.

Javier se levantó de encima de mí y me

levantó a mí de un sólo tiró.

– Hay que desvestir a la conejita – dijo Guillermo con ojos hambrientos.

Has se puso detrás de mí y bajó la cremallera de mi vestido.

Yo me cubrí con las manos mis pechos.

– No te cubras, conejita, que para eso estamos aquí, para gozarte – dijo Javier y me quitó las manos a la fuerza.

Luego él se desvistió y pude ver su cuerpo: tenía abdomen plano y un poco trabajado, no tanto como Hass, pero estaba muy bien, además tenía un miembro rozado y fuerte, parecido al de Santiago, aunque yo diría que el de Javier era mejor, simplemente porque no

era el de ese perdedor.

– De rodillas –dijo Guillermo y Hass me hizo hincarme.

Todos los hombres desnudos se acercaron a mí. Hass y Guillermo me pusieron las manos en sus miembros erectos y Javier, como líder de los tres, cosa que pensé que haría Guillermo, me puso el miembro en la cara, para que se lo mamara.

El corazón me latía fuertemente, y estaba deseosa de probar su pené.

– Abre la boca, conejita –dijo Javier haciéndome abrir la boca con la mano.

Abrí la boca y él metió su pené en ella. Comenzó a moverse dentro y fuera de

mí, haciendo que yo le hiciera una felación.

Mientras tanto, Hass y Guillermo, me hacían mover mis manos enguantadas sobre sus penes.

Esta era mi fantasía y me encantaba.

– Es hora de probar su vagina –dijo Javier saliéndose de mi boca.

Me empujaron al suelo.

Javier me abrió las piernas.

– Ponte debajo de ella –le dijo a Hass.

– ¿Qué van a hacer? –pregunte con terror.

– Te vamos a follar, conejita, como no tienes idea –sonrió Guillermo.

Hass me levantó sobre él y luego me acostó sobre él.

– ¿Cuántos penes crees que le quepan a esta conejita sucia? –pregunto Javier a Guillermo.

– Yo digo que dos –respondí el otro pensativo.

– Probemos –dijo Javier.

Mientras ellos decían eso, Hass me tenía inmovilizada sobre él.

Javier se puso cerca de mi cara y me volteó el rostro para que le hiciera una felación.

– Has lo tuyo amigo –le dio una palmada a Hass en el hombro.

– No –dije yo con el miembro de Javier en mi boca, a lo que él respondió dándome una cachetada en los pechos.

Hass, metió en mí su pené y fue la gloria, lo necesitaba. Yo estaba lista desde que inició la película, pero ahora lo estaba más, tanto, que casi había tenido un orgasmo.

– Deberían de probar lo deliciosa que es esta conejita –dijo Hass moviéndose dentro y fuera de mí.

Guillermo se puso sobre mí y comenzó a lamer mis pechos sin piedad, a veces les pegaba y otras se metía el pezón y lo succionaba fuertemente. Con la mano me hacía darle una paja.

De repente, sentí la mano de Hass en mi clítoris.

– Hay que darle a esta conejita un orgasmo –dijo Hass.

Movió sus dedos hábilmente sobre mi clítoris y Javiera salió de mi boca para lamer mi pezón que había dejado vacío Guillermo.

Todas las sensaciones... fueron demasiadas, no soporte y grite en un orgasmo explosivo.

– Saca –le dijo Javier a Hass.

Sacó su pené de mí y luego los dedos de Javier lo remplazaron.

Comenzó a mover sus dedos salvajemente dentro de mí, mientras que

Hass me seguía tocando el clítoris y Guillermo succionando mis pechos.

Llegue al segundo orgasmo, esta vez grite más fuerte, porque de verdad era impresionante todo lo que me estaban haciendo sentir.

– No, por favor, no quiero esto – lloriqueo.

– ¿Qué no quieres? –dijo Javier– si hasta me has dejado la mano llena de tu líquidos –me mostró su mano húmeda, para luego meterse los dedos a la boca–. Vuelve dentro de ella –le ordeno a Hass, quien obedientemente metió su pené dentro de mí.

Ahora era Guillermo quien me hacía

hacerle una felación.

Javier se había quedado en medio de mis piernas.

–Vamos a ver que tanto podemos abrir a esta conejita –exclamo Javier.

Se posiciono sobre mí y poco a poco fue metiendo su miembro junto al de Hass.

Zaira me había preguntado qué era lo que quería hacer con tres hombres, y yo había respondido que quería los tres dentro de mí, que estaba dispuesta hasta quitar la virginidad de mi trasero.

Así que ahí estaba yo. Dejando que dos penes entraran en mí vagina.

Al principio dolió, pero no estaban

siendo tan bruscos, lo que ayudo.

Una vez entraron los dos, se comenzaron a mover y mi vagina reacciono lubricando todo un poco más.

Guillermo metía y sacaba su pené con violencia de mi boca. Me lo metía tan adentro de mi garganta que me provocaba arcadas.

–Me encanta tu caliente boca –me dijo Guillermo pegándome en la mejilla.

Los sonidos que se escuchaban en la habitación eran totalmente afrodisiacos: los cuerpos de los dos hombres que estaban dentro de mí y el mío, emitían ese sonido tan característico de los cuerpos al chocarse; la felación que le

hacía a Guillermo tenía otro sonido, que era desde arcadas hasta el sonido de mi boca cuando su miembro salía de ella; y a eso, debía agregársele los gemidos guturales de los tres hombres.

Yo lo estaba disfrutando tanto, que no tarde en llegar al tercer orgasmo.

No pude gritar ni nada porque el pené de Guillermo me lo impedía.

Estaba en un estado de éxtasis y estaba segura que la adrenalina evitaba que me desmayara, porque en definitiva había tenido tres orgasmos desgarradores.

La vagina no dejaba de chorearme. Estaba completamente empapada.

— ¡Vamos a ver qué tal esta tu hermoso

culo! –dijo Javier.

Todos se levantaron y me dejaron a mí en el suelo.

Javier se puso detrás de mí y me mordió el lóbulo de la oreja.

Guillermo me abrió las piernas y comenzó a poner de mis propios jugos en mi ano.

Zaira me había mandado a hacer hoy en la mañana un enema con agua. Así tendría mi culo completamente limpio para que me metieran tranquilamente un pené dentro de él. Además eso serviría un poco, no sólo para la higiene que es algo que no te dicen en las novelas eróticas que se debe hacer, sino también

porque hace más placentero todo.

Guillermo metió un dedo lubricado dentro de mí y luego de eso metió otro y otro, hasta que tres dedos me entraron.

Estaba tan caliente que ni siquiera sentí más allá de una ligera quemazón.

Una vez estaba hecho, Javier metió su miembro en mi trasero y jadeo cuando lo hizo.

Guillermo se puso sobre mí y Hass se puso a un lado de él.

No sabía cómo planeaban hacer que los tres estuvieran dentro de mí, pero tenía el presentimiento que lo harían funcionar.

Una vez Javier estaba dentro de mí, y

se me había escapado un par de jadeos, Guillermo se metió en mi vagina y luego se hizo a un lado para ver si Hass podía entrar.

Ni lento ni perezoso, Hass se puso al otro lado y trato de meter su polla dentro de mí.

Sentí la presión en cuanto Hass quiso meterse y grité.

–No, por favor –lloriquee.

–Te aguantas conejita –dijo Guillermo.

Hass, se logró meter dentro de mí poco a poco y yo sentía cada movimiento dolorosamente.

Una vez los tres lograron encajar en mí, se comenzaron a mover, cada uno a

su ritmo.

Yo temblaba, totalmente perdida.

¡Era demasiado!

Estaba a punto del cuarto orgasmo.

El ardor del culo, más el dolor en la vagina me hacían alucinar de placer.

Javier se comenzó a mover más rápido.

Resulta que estaba conociendo las sensaciones que te da el sexo anal, y sólo diré que es muy, pero muy placentero.

Jadeaba y lloriqueaba a la vez diciendo que no, pero todos se ponían más cachondos cada vez que lo decía y

se esforzaban más y más.

Llegue al siguiente y al siguiente orgasmo, así hasta que ya casi no tenía noción de cuantos llevaba.

Era una muñeca de trapo que apenas lograba decir que no. Sin embargo, estaba satisfecha.

La noche estaba superando mis expectativas.

Hass fue el primero en salirse dentro de mí y Guillermo le dio chance para que terminara en mis pechos.

Grite, cuando él lo hizo, acababa de llegar a otro orgasmo con sólo ver cómo me había bañado completamente los pechos.

Después fue Guillermo el que se salió de mí.

Él se derramo sobre mi cara, llenándome toda de su semen.

Las sensaciones eran muy placenteras.

Mis nervios estaban completamente alterados y agasajados.

Javier salió de mí, pero en lugar de hacer lo que los otros había hecho, se posiciono sobre mí y comenzó a follarme duro, lo único que ya no lo hacía en mi trasero, sino en mi vagina.

Lo presentí mucho antes de que sucediera, pero llegue a otro orgasmo cuando él se descargó dentro de mí.

Temblaba más que nunca, y de nuevo

vi todo negro, el grito no me salió y apretuje su miembro con mis músculos vaginales.

La escena acabo ahí.

Javier se quedó dentro de mí unos segundos más y luego se salió.

–¿Estás bien? –pregunto Zaira.

– Estupendamente –conteste en un susurro.

–Fantástico, porque eso sí que ha sido sexo salvaje –dijo sonriendo—. ¿Puedes levantarte? –preguntó juntando sus cejas.

–No creo –dije riendo.

–No hay problema, yo la llevó –dijo

Javier, quien estaba detrás de Zaira y ya tenía puesto el pantalón.

– Está bien –dije cuando vi la cara de Zaira.

Zaira encogió los hombros y dejó que Javier me levantara en sus brazos y me llevara hasta donde ella le indico.

En lugar de dejarme en la cama, como Zaira le había dicho, me llevó hasta el baño y me preparó un baño en la tina.

Una vez estaba lista, me quitó la máscara y los guantes, me dejó dentro de esta y me hizo hacerme más adelante para darle espacio a él.

El agua estaba en su punto y mis músculos agradecieron el gesto.

– Gracias –le dije.

– Al principio dudaba que esto me excitara tanto, pero verte desnuda fue más que suficiente. Cierra los ojos –dijo antes de lavarme la cara.

– ¿No te resulto desagradable? – pregunté.

– No, en absoluto. Tienes una imaginación pecaminosa, pero me gusta –suspiró y me besó el cuello.

– ¡Qué bueno! –dije.

– ¿Eso quieres decir que he pasado la prueba? ¿Qué ahora podemos ser amigos, o más que eso? –dijo mientras me daba un rico masaje en las piernas.

– Si quieres ser mi amigo, bien, pero te

quiero más como mi amante –le dije poniendo mi mejía en su tórax.

– Acepto lo que me des, aunque espero que poco a poco sea otra cosa –paso sus manos por mis pechos y los lavó.

– Por ahora sólo eso, ya veremos si puedo soportar las emociones que conlleva tener un solo amante.

– ¿Nunca has hecho eso antes? – preguntó pasando su mano por mi sensible vulva, pero fue más una caricia gentil que una sensual.

– Una vez, pero sólo duro un año.

– Veamos si aguantas más que eso – suspiró—. Debo preguntarte algo – prosiguió.

– Sí.

– ¿Qué pasara con los otros dos hombres? –paró lo que hacía.

– No lo sé, supongo que esto era la última vez para ellos. Realmente no creo que vuelva a ver a Hass y con Guillermo... él mismo me dijo que no quería algo más conmigo, de hecho el trato cuando le dije de esto y él acepto, era que sería la última vez, me dijo que él quería experimentar mucho más, con muchas mujeres; así que... ya no tengo, ni tendré algo con ellos –le aclaré.

– Eso me gusta –dijo lentamente, con tono gutural

– Por ahora, recuerda, sólo seremos

amantes, nada de emociones, ya veremos después –le dije volteando a verlo.

– Ya lo veremos –me guiño un ojo.

Fin.

Señora S

Hay tantas cosas que decir sobre mí...

Pero a estas alturas ya deberían haber identificado que “señora S” es un seudónimo que tome del personaje principal de esta novela.

¡Házmelo! Puede ser un ruego, una súplica o una orden.

Lo que si les diré claramente es que esta vida es muy corta para dejarse llevar por el qué dirán, y sí muchas veces es bueno respetar los cánones de la sociedad, pero ¿en cuando a su cuerpo? permítanse ser quienes quieran

y dejen que su mente los lleve a los límites que esta misma imponga, sean lo que quieran ser y exploren lo que les gusta y lo que le gusta a su cuerpo.

Mientras el sexo sea consentido, no debería haber restricciones... no dejes que tu mente te la ponga.

Se despide de ustedes una de las personas más pervertidas —ejem, de las que conozco—.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio o procedimiento, sin para ello contar con la autorización previa, expresa y por escrito de la autora.

El contenido de esta novela es completamente parte de la imaginación de la autora, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.